

SOLSLIBROS
BRUGUERA

PUNTO
ROJO

TOALLA MOJADA

Ralph Barby

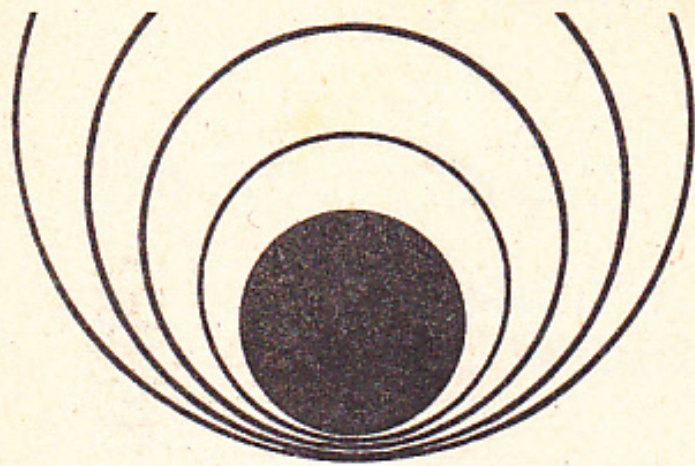
Ralph Barby

TOALLA MOJADA

e b

♦





PUNTO ROJO



RALPH BARBY
TOALLA MOJADA

Colección PUNTO ROJO n.º
1033. Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS
POR ESTA EDITORIAL

En Colección COLORADO:

838 — La larga espera de la muerte.

En Colección KANSAS:

734 — El comisario rebelde.

En Colección CALIFORNIA:

881 — Buscando a un tramposo.

En Colección BRAVO OESTE:

585 — Colt a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.596 — Chantaje entre tiburones.

En Colección SALVAJE TEXAS:

1.345 — Palabra de tejano.

En Colección PUNTO ROJO:

1.025 — Te odio, te odio...

En Colección ASES DEL OESTE:

647 — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.351 — La matanza del Paso de Trout-Creek.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

85 — Una bala para un Colt.

ISBN 84:02-02520-X Depósito legal: B. 39.867-1981

Impreso en España - Printed in Spain

1.a edición: febrero, 1982

1.a edición en América: agosto, 1982

© Ralph Barby -1982

texto

© Martín -1982

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL
BRUGUERA, S. A. Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S.
A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona –
1982

CAPITULO PRIMERO

Hundió el coche por la rampa del parking subterráneo. Había luces piloto, pero optó por iluminarse con los faros halógenos para encontrar el lugar donde estacionarse.

Tomó el ascensor y subió a la planta veintiocho. En una ranura que había en la jamba de la puerta octava, introdujo la tarjeta plástico-magnética.

La puerta emitió un silbido apenas perceptible y se abrió.

Aquella puerta reforzada no tenía cerradura aparente, era una cerradura electromagnética casi invulnerable, como todas en aquel moderno edificio de apartamentos del Queens en New York.

El apartamento olía a una mezcla indescifrable de aromas vegetales que brotaban de unas pastillas colocadas dentro de unos artilugios eléctricos conectados permanentemente a la corriente.

El ambiente estaba desinsectado y desinfectado; un griposo podía estornudar allí dentro que era casi seguro que no contagiaria a quien llegara unos segundos después. Si quería pegarle el gripazo, habría de estornudarle en mitad de la cara.

Dynamo D. Damunt dejó su portafolios sobre una mesita y se quitó la chaqueta.

—¡Vivian!

—Dynamo, está listo tu gimlet.

Vivian tenía el agradable acento de Orleáns, un acento que gustaba a la gente fina de New York. Era una mujer alta, de piernas largas, y se cubría con un salto de cama largo y casi transparente. Sonreía con los ojos y con los labios.

Con una mano, el hombre tomó el vaso con la bebida y con la otra acarició suavemente un Seno de la mujer. Ella no se apartó, sino que alzó su busto para ofrecérselo mejor al hombre.

—A las siete sale mi «internacional».

—¿Lo tienes todo listo para tomar el avión?

—Sí, sólo se trata de un viaje de trámite, ida y vuelta, apenas veinticuatro horas de entretenimiento y luego, a continuar mi tarea en los despachos del ayuntamiento.

—¿De veras tenéis tanto trabajo en Albany?

—Sí, Albany es la capital del estado y hay más trabajo de lo que supones.

—¿Y adónde vas?

—Si no lo dicen por los noticieros de la C.B.S. no vale la pena que te enteres, encanto. Anda, me hace falta un relajo, tengo pocas horas para dormir.

—Eres un político que promete —dijo ella, más convencida que

halagadora mientras tomaba el vaso que él había vaciado ya.

—Sólo soy un vice-comisario de cultura del ayuntamiento de Albany, no es mucho. Para llegar a presidente de la nación me falta un buen trecho, aunque tampoco es ésa mi meta.

—En eso de la cultura tienes que ir a conferencias y rollos por el estilo, ¿no?

—Sí, y a las inauguraciones y estrenos de lo que sea. Tengo que recibir a mucha gente. Los hay verdaderamente geniales y otros que sólo creen serlo, pero ¿por qué no dejamos el tema para otro momento? No he venido aquí para hablar de mi labor diaria en la política de ayuntamiento. Quiero relajarme, siento la tensión en los músculos de mi espalda, en mi cuello o en mis sienes y no quiero hacerme adicto a los euforizantes.

—Tú prefieres a las hembras, ¿no?

—Una hembra relaja más y de forma natural.

—El descanso del guerrero. Menos mal que no soy feminista, porque te arrancaría tos... con mis dientes.

—Por favor, no insinúes tonterías, que luego podrías tener pesadillas nocturnas y no quiero pasarme a la legión de los insomnes.

Dynamo D. Damunt se desnudó, metiéndose en la monosauna que ya estaba dispuesta para él. Vivian la controlaba.

Dynamo notó que su cuerpo casi se cocía, sudaba y las toxinas se iban, mezcladas con su sudor.

Abandonó la monosauna y se metió bajo la ducha de agua fría. Luego, la mujer le secó.

El se tendió boca abajo sobre una litera cubierta por una gran toalla. Apoyó su cabeza en la almohada, semicerró los ojos y sintió como las hábiles manos de Vivian extendían crema suavizante y nutritiva por su piel. Los dedos expertos la distribuyeron y Vivian le practicó un masaje en los músculos.

—Anda, date la vuelta —exigió ella.

Obedeció como un niño. Vivian era una masajista experta, sus dedos tenían más fuerza de la que cabía esperar.

—Cuando te despiertes del sueño te sentirás como nuevo —le dijo ella con voz sensual.

Dynamo alargó las manos, la cogió por el cabello y la acercó hasta besarla sabiendo que aquello sería el principio de la operación «relajo»...

Vivian respondía muy bien con todo su cálido cuerpo.

—Fue un hallazgo toparme contigo —musitó Dynamo cuando ya cerraba los ojos, totalmente relajado.

—Hum —respondió ella, pasándole la mano por el cuerpo, resiguiéndolo.

Para Vivian, el cuerpo de un hombre no tenía ningún secreto, sus dedos sabían muy bien dónde pulsar y con qué intensidad, mucho mejor que lo haría una experta mecanógrafa con el teclado de su máquina de escribir.

Pttttttt...

El pitido de su reloj despertador de pulsera no era estridente pero sí suficiente para despertarle porque estaba acostumbrado a él.

Se levantó de la cama, ya tenía ropas limpias dispuestas.

De la cocina salía un grato aroma a bacon, a café, a huevos fritos en manteca.

—Pronto volveré.

—Avísame de tus planes por teléfono, amor.

—Eres la amiga más eficiente que he visto jamás.

—Pues no sueñes conquie vaya a casarme contigo, adoro la libertad.

Ya junto a la puerta, él preguntó:

—¿Hay otros que son tan bien recibidos como yo en este apartamento?

Ella sonrió, en sus ojos había la malignidad de una pantera.

—Eso será un enigma para ti, querido.

Dynamo D. Damunt no perdió el avión de la Pan-Am en vuelo internacional con escala en Santa María de Nueva Costa, capital federal.

* * *

Durante el viaje, estuvo leyendo informes y también la prensa que habían subido a bordo.

Un buen número de ejecutivos viajaban en aquel vuelo subsónico. Los había que viajaban en primera, diferenciándose de los que iban en clase turista. Eran los hombres de las multinacionales, los hombres con garras de águila.

También viajaban algunos europeos y un grupo de siete japoneses que preferían hablar en un japonés rápido y tecleante para que no se les entendiera absolutamente nada, dejando de lado el inglés, idioma que dominaban a la perfección.

Viajaban latinoamericanos de distintos países y de éstos, los había militares y civiles, aunque todos vestían de paisano.

Una azafata rubia y algo pecosa le puso su hermoso trasero contra la cara al atender cariñosamente a una viejecita que viajaba en una butaca de la otra fila. Dynamo tuvo la impresión de que ella

lo hacía inocentemente.

—Tenga, póngale el autógrafo —le dijo otra mujer que viajaba a su lado, una mujer que usaba gafas de concha y cubría su rostro con una gran cantidad de pelo, tanto que parecía demasiado.

Dynamo tomó el bolígrafo, se encogió de hombros y escribió sobre las nalgas de la azafata.

«Magnífico».

La azafata movió sus redondeadas nalgas como si le hicieran agradables cosquillas y luego se volvió, siempre sonriente.

—Oh, disculpe, la señora de al lado no se encuentra bien.

—Sí, claro. ¿Puede servirme una limonada?

—Naturalmente. —Inclinándose sobre Dynamo, le demostró que estaba muy bien provista de pechos—. ¿No preferiría una toma de leche natural? —le preguntó.

Dynamo carraspeó. La mujer que tenía a su derecha inclinó la cabeza sobre un crucigrama que estaba haciendo con el bolígrafo que él ya le había devuelto.

—Ejem, por ahora me conformo con una limonada.

—Pues, si quiere otra cosa de mí, sólo tiene que llamarme.

Ya con la limonada en su mano, Dynamo preguntó a la mujer de las gafas que se ocultaba la cara con la enorme mata de pelo y que cubría su cuerpo con un maxi-vestido de colores horribles.

—¿Hay alguna palabra del crucigrama que se le resista?

—Pues, una de cuatro letras que empieza por «M».

—Milk.

—¡Milk, claro, claro, ésa es! —exclamó ella satisfecha, volviéndose hacia él muy sonriente. De todo su rostro, apenas se le veían los labios y la punta de la nariz.

Durante el viaje proyectaron un filme del Oeste, vaqueros arriba y abajo, mugidos de vacas y un plano final del jinete solitario alejándose al galope por la pradera.

—Caballero, se le ha caído esto —le dijo la azafata rubia y pecosa, entregándole un papel doblado que se hallaba en el pasillo, junto a su butaca.

Dynamo D. Damunt tomó el papel con gesto frío e indescifrable y lo leyó. .

«D.D.D.. le interesa verme. Aseos aeropuerto, sección cuatro, excusado cinco».

No había firma alguna, era una especie de anónimo.

El aterrizaje resultó perfecto y todos los viajeros agradecieron que las largas horas de vuelo llegaran a su final.

La azafata rubia y pecosa le dijo a Dynamo cuando éste abandonaba el aparato:

—Paso la noche en el hotel Confort. Si me buscas, prometo que

todo será magnífico.

Drake sonrió y se dirigió al autobús que les llevaría al área de aduanas. Todos iban como borreguitos al redil, unos en silencio y otros hablando con sus compañeros de vuelo. Los que no parecían querer callarse eran los japoneses que seguían con su taca taca taca.

Detrás de las mamparas de grueso cristal antibalas descubrió a un oficial de aduanas y a tres hombres vestidos de paisano. Uno tenía aspecto de sajón; los otros dos eran originarios del país, si es que podía decirse que fuera así, pues tenían rasgos indios pero también mucho de europeos.

Un suboficial de aduanas se acercó al oficial y le mostró el pasaporte de Dynamo D. Damunt. El oficial lo leyó con atención y dio unas instrucciones. El suboficial fue a buscarle y le pidió:

—Míster Damunt, sígame por favor.

Le siguió con tranquilidad, aunque sabía que aquel país regían unas medidas policiales muy duras. Como en muchos de sus países hermanos, los atentados eran cosa común de todos los días.

—Bien venido a Santa María de Nueva Cosía —le dijo el oficial.

—Es un placer para mí —respondió de forma convencional.

—Los señores López, Michatti y Sueiro —presentó el oficial de policía de aduanas—, representantes de nuestro gobierno.

Se intercambiaron los saludos de rigor. A Dynamo no le simpatizaron aquellos personajes, pero no estaba allí de visita turística ni por intereses personales; representaba a la comisión de cultura y urbanismo del ayuntamiento de Albany, capital del estado de New York.

Fue acompañado por aquellos personajes hacia la salida, pero al descubrir el rótulo que le advertía de los aseos, sección cuatro, pidió:

—Discúlpenme un momento, por favor.

Los cuatro personajes, pues también les acompañaba el oficial de aduanas, asintieron con la cabeza.

Dynamo se introdujo en los aseos.

Allí sólo había un hombre de aspecto negroide que después de cerrar la cremallera de su bragueta se alejó silbando por lo bajo.

Dynamo D. Damunt miró los rotulitos que numeraban los excusados y se detuvo frente a la puerta cinco. Dudó, mirando hacia la puerta de entrada general de los aseos.

Empujó la puerta del retrete y dentro descubrió a un hombre sentado en la taza, con la espalda apoyada contra la pared embaldosada y la cabeza inclinada sobre el pecho; semejaba dormido y no tenía los pantalones bajados.

Dynamo dio un paso hacia adelante.

Le cogió la cabeza por los pelos y se la levantó con cuidado. Descubrió que tenía los ojos abiertos y vidriados. Había sangre en su rostro y un orificio sucio y oscuro en mitad de su frente.

Era evidente que lo habían asesinado de un balazo en la cabeza.

Dynamo no había visto jamás aquel rostro. Volvió a cerrar el excusado y aspiró hondo pese a que no era el mejor lugar para hacerlo.

Salió de los aseos cuando, de forma automática, el agua lavaba los urinarios. Afuera seguían aguardándole los representantes del gobierno de aquel país.

No dijo nada de lo que acababa de descubrir, pero se sentía preocupado. Algo andaba mal, muy mal, pero él no podía entrometerse en los asuntos internos de aquella nación.

Se dejó conducir hacia la salida. Allí le aguardaba un lujoso «Mercedes Benz» y cuatro motoristas policiales de escolta. A Dynamo le pareció que era demasiado recibimiento para un vice-comisionado de cultura de una capital de estado de los U.S.A., pero se limitó a dejarse llevar.

Sus superiores de Albany y también a través de unos telefonazos procedentes de las autoridades federales le habían sugerido que evitara cualquier tipo de problema.

La sonrisa y la confraternización debían acompañar su gestión en Santa María de Nueva Costa y así pensaba hacerlo, pero no iba a poder olvidar al hombre asesinado de un balazo en la frente dentro de un retrete del aeropuerto.

—Míster Damunt, cualquier cosa que desee, sólo tiene que sugerirla al señor López, él le atenderá —le dijo el oficial, cuya graduación desconocía Damunt, pues no estaba enterado de los distintivos utilizados entre los miembros de las fuerzas armadas y policiales de aquel país que pisaba por primera vez en su vida.

Dynamo D. Damunt iba dispuesto a no sorprenderse de nada, pero cuando le hicieron entrar en una especie de amplio almacén, quedó perplejo ante lo que había ante sus ojos.

—¿Qué le parece? Es un auténtico Ceballos, cincelada ex profeso para hermanar Santa María de Nueva Costa con Albany.

La escultura era abstracta, de granito rosado. Resultaba muy difícil describir aquella especie de huevo lítico ladeado, como a punto de caerse, inclinado y sobre un soporte también de granito, con la parte alta rota en estrellado, como si de su interior fuera a surgir de pronto un dinosaurio o algo por el estilo.

No se le ocurrió otra cosa a Dynamo D. Damunt que preguntar:

—¿Ceballos no estaba en el exilio?

El oficial de seguridad, forzando una sonrisa, le dijo:

—Oh, no, en el exilio no. Lo que sucede es que el escultor Ceballos viaja mucho, pero vino aquí y cumplió el encargo que nuestro gobierno le hizo para esta inolvidable ocasión de hermanar dos ciudades que geográficamente pertenecen al mismo continente, aunque no a la misma cultura.

—¿Y dónde está ahora el escultor Ceballos? —preguntó Dynamo D. Damunt.

El alto oficial de seguridad se encogió de hombros.

—¿Quién sabe? Viajando por algún lugar. Con esta escultura que yo, la verdad, no comprendo demasiado, será porque Dios no me ha llamado por el camino del arte, nuestro gobierno desea demostrar a su gran país y a todo el mundo que estamos abiertos a la cultura y que es una falsedad que los grandes hombres como el escultor Ceballos reprueben nuestro sistema de gobierno.

Dynamo se dijo que era preferible no puntualizar nada. Si la escultura era de Ceballos y así lo parecía por su diseño y estilo, merecería todos los honores de ser colocada en una plaza o parque público de su ciudad.

—Será un honor para Albany tener en su área una escultura de un artista tan importante.

—Donada por nuestro país —puntualizó el oficial que, más tarde, sabría que se trataba de un coronel de la P.A.S., policía de alta seguridad, y que se llamaba Hugo Heinz.

En el cubo pétreo de sostén estaban los agujeros preparados para ser colocada una placa grabada que recordaría la hermandad de las dos ciudades.

—El problema va a ser transportarla —observó Dynamo D. Damunt—. El artista podía haber hecho algo más pequeño.

El coronel Heinz, con cierto orgullo, quizás porque su

mentalidad era megalómana, concretó:

—Pesa veintitrés toneladas y setecientos cincuenta y dos kilos.

El hombre que respondía al nombre de Sueiro, y que era el secretario privado del ministro de Cultura y Educación, entregó unos planos a Dynamo D. Damunt en los que constaban todas las medidas de la escultura.

Dynamo trató de poner cara de entendido y dio una vuelta completa a la obra, iluminada por cinco focos.

El coronel Hugo Heinz explicó:

—Ceballos dejó instrucciones concretas para la colocación de la escultura respecto a los puntos cardinales.

Dynamo D. Damunt pensó en lo que opinarían sus superiores respecto a la escultura. Lo que habría que probar primero era que realmente fuera de Ceballos, pues todo el país sabía que el artista de la piedra estaba en contra de los gobernantes de Nueva Costa.

Si la escultura era suya efectivamente, no se podía poner ninguna pega, había que aceptarla como la obra de un maestro y punto.

Había que localizar a Ceballos de una forma u otra para que certificase que la escultura era suya antes de ser colocada en el lugar definitivo de Albany. Y si no se podía encontrar a Ceballos porque se hallaba en un paradero desconocido, una comisión de técnicos tendría que certificar su validez.

Mas, todas aquellas consideraciones no podía exponérselas a quienes le acompañaban, pues no debían crearse tensiones entre ambos países, eso debía tenerlo muy en cuenta y los periodistas americanos no entrarían en aquel asunto hasta que el alcalde de Albany hiciera pública la aceptación de aquella escultura y el hermanamiento de las dos ciudades, lo cual estaba aún en trámite y, al parecer, las autoridades de Nueva Costa querían acelerarlo, Dynamo suponía que para obtener algunas prebendas del gobierno norteamericano, prebendas y protección a su régimen político.

Dynamo D. Damunt se dejó pasear en automóvil por el centro de la capital federal.

Admiró los grandes edificios de cristal y acero y también edificaciones de la arquitectura con influencias españolas donde destacaban los blancos y las bellísimas arcadas, también algunas ruinas y restos precolombinos.

No le hacía falta alguna llevar una máquina fotográfica, pues de cada lugar que visitaba, aunque sólo fuera de paso, sin apearse del automóvil, recibía magníficas fotografías y literatura del lugar, destacando lo mejor de su arte. También le proveyeron de ristas de diapositivas y Sueiro, el secretario privado del ministro

de Cultura, le dijo:

—Le entregaremos un video en color rodado por un compatriota de ustedes sobre la ciudad y sus paisajes que pueden pasar por sus televisores el día antes o el mismo día de la ceremonia de hermanamiento de las dos ciudades.

Dynamo sabía que no podía escapar de todo aquello; también sabía que él no vería con sus propios ojos los barrios míseros que circundaban la capital federal de Nueva Costa y tampoco aparecerían en el videotape.

Al final le condujeron a un hotel donde, sin él saberlo, habían preparado un almuerzo en su honor. Nada más entrar en el gran salón recibió un aplauso.

Tuvo que estrechar muchas manos desconocidas. Llamaron especialmente su atención dos mujeres que se le acercaron.

Una de ellas era claramente indígena del país y por sus venas correría también sangre española. La otra no le cupo duda de que era norteamericana y tuvo la impresión de haberla visto antes.

—¿Qué le ha parecido la escultura de Ceballos? —le preguntó su compatriota, la cual dijo ser periodista.

—Magnífica.

—¿Dónde será colocada en Albany?

—Lo ignoro aún; será decisión de un pleno del Ayuntamiento.

Otras mujeres, bajo la mirada y el oído atento del coronel de la P.A.S., le hicieron más preguntas.

—¿De verdad cree que es auténtica? —preguntó de súbito Jennie, la norteamericana.

—¿El qué? —preguntó, haciéndose el tonto.

—La gran langosta que estaba sobre la mesa —le dijo ella cuando ya el coronel había torcido el gesto, pero volvió a sonreír.

Dynamo respondió:

—Yo creo que sí, tiene un aspecto estupendo.

—Por favor, luego seguirán —les pidió el señor López.

Dynamo tuvo que comer en compañía de unos matrimonios mayores que no supo descifrar bien quiénes eran, pero que debían ser importantes en aquel país, ya que el coronel Hugo Heinz le dejó en su compañía con una amplísima sonrisa.

Dynamo buscó con la mirada a las dos bellas mujeres, especialmente a su compatriota, y se topó un par de veces con su mirada. Se hallaba algo lejos de donde él comía.

Dynamo se retiró a descansar a su habitación y se dio un duchazo. Al poco, sonó el timbre, de la puerta y fue a abrir en pijama pensando que se trataría de algún empleado del hotel.

Al abrir se encontró con la mujer de abundantísimo cabello negro y gafas que tuviera como compañera en el avión.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

Cerró la puerta, en el corredor no había nadie. Ella se quitó lo que resultó una gran peluca negra y las gafas de amplia concha y cristal oscuro.

—Vaya, si es la periodista.

—Sí, soy Jennie.

—¿De qué periódico eres?

—Del *Culture Magazine* de New York.

—Eso es prensa amarilla. ¿Es por eso que te han dado vía libre?

—Sí. El Ayuntamiento nos avisó de que se iniciaba esta operación de hermanamiento cultural y me ofrecí para hacer el reportaje.

—Es muy raro que el Ayuntamiento de Albany avisara; este asunto está en pañales.

—Bueno, digamos que hubo un soplo desde uno de los despachos del Ayuntamiento, los periodistas hemos de tener confidentes para poder informar.

—Muy bien. ¿Acaso aquí hay un Watergate en ciernes?

—Eso nunca se sabe.

—Lo que yo no sé es si hay chinches ocultos en esta habitación. Puedo estar sometido a una vigilancia discreta que se puede tomar como protección antiterrorista.

—¿Por qué no ha estado presente el embajador o un agregado cultural en el almuerzo?

—Lo ignoro. De todos modos, esta noche tengo que cenar con el embajador.

—Yo también estoy invitada.

—Magnífico, allí nos veremos.

—¿Me echas?

—No, claro que no, pero iba a dormir un rato.

—Yo también tengo sueño.

—¿Y no tienes habitación?

—Sí, sí la tengo, pero si dejas que me quede aquí, hablaremos.

—Es que lo que yo quiero es dormir y no hablar.

—¿Te encamaste con una fulana antes de tomar el avión?

—¿Por qué lo preguntas, Jennie?

—Porque no tienes aspecto de marica y te estás mostrando muy poco fogoso.

—No me voy a encamar con todas las mujeres que se me pongan por delante.

—¿Miedo a fallar?

—Está bien, luego seguimos hablando —dijo él, y se quitó el pijama.

—¿Lo que hemos hecho lo consideras una experiencia cultural? — preguntó Dynamo mientras ella fumaba un cigarrillo y se entretenía en reseguir el cuerpo masculino con la yema de su dedo corazón derecho.

La ropa de ambos se hallaba esparcida y las sábanas, arrugadas.

—Depende de cómo se haga.

—¿Y cómo crees que ha sido?

—Maravilloso —contestó Jennie. Se inclinó para besarle en la boca mientras sus grandes senos caían sobre el vello del tórax masculino.

—La verdad es que tú no eres una niña sin experiencia.

—No soy una feminista al uso, peto sí una *free-woman*. Si algún día decido aparejarme de forma fija, hasta puede que me case, pero lo que no haré nunca es someterme a un hombre.

—¿Quieres decir que aunque te cases, si te sale un *sexyplay* aparte no vas a desaprovecharlo?

—Si estoy satisfecha, no tengo por qué aceptar extras, no soy ninguna ninfómana, querido. Ahora, dime, ¿crees que la escultura es una auténtica Ceballos?

CAPITULO III

El embajador había preparado una cena en la que no pasaban de quince comensales.

Las dos periodistas estaban allí y también algunos de los miembros de la embajada; realmente, en la embajada no se había dado excesiva importancia a la visita de Dynamo D. Damunt.

No viajaba en nombre federal, sólo como vice-comisionado de cultura de una ciudad; no obstante, el embajador le habló de que cuando llegara el día del hermanamiento y del descubrimiento al pueblo de la escultura que habría de colocarse en la ciudad de Albany, deberían programarse unos actos importantes, que trascendieran.

—Le llaman al teléfono, míster Damunt —le dijo un camarero.

Fue hasta el teléfono que le indicaban y una voz femenina, posiblemente distorsionada por algo que la mujer se había puesto dentro de la boca, le dijo sin ambages:

—Hay que boicotear este *affaire*.

—Lo siento, yo no me inmiscuyo en política internacional —respondió. Aquella desconocida hablaba bien su idioma, aunque se le notaba el acento latinoamericano.

—Todo este *affaire* lo manejan entre el coronel Heinz y Sueiro.

—Eso es evidente, señorita.

—Le parecerá una tontería —dijo nerviosamente—, pero se trata de un robo muy importante.

—¿De qué robo?

—Espere, creo que viene alguien...

—Oiga, ¿desde dónde me llama? —inquirió apremiante, dándose cuenta de que si se alejaba del teléfono no volvería a contar con la desconocida, salvo que ella lo deseara.

Escuchó varios ruidos, unos gemidos, luego unas palabras broncas e ininteligibles. Se cortó la comunicación y tuvo que oír el desagradable pitido.

Quedó pensativo durante unos instantes, con el teléfono en la mano. Al fin, colgó, preocupado.

Primero, alguien había tratado de ponerse en contacto con Dynamo y había aparecido con un balazo en la frente, sentado en un retrete del aeropuerto.

Ahora, la desconocida también parecía haber sufrido algún percance. Le había hablado de robo y Dynamo se daba cuenta de que si el coronel Hugo Heinz estaba implicado en el supuesto robo, no debía contarle nada.

—Tú eres de Nueva Costa, ¿verdad? —preguntó a la periodista de cabello negro, grandes ojos ardientes y labios muy carnosos,

tan jugosos como los perfumados albaricoques de aquel país, una variedad de color rojo intenso que en nada se parecía al amarillento, aunque sí en su perfume, en su suavidad y en su carne que era muy agradable de morder.

—Así es.

—Te llamas Charín, ¿verdad?

—Ajá, es suficiente, ¿no?

—Sí, claro. ¿Y tienes vía libre para moverte por todas partes?

—Naturalmente, tengo mi carro afuera.

—Oye, ¿por qué no me llevas?

—¿Adónde quieres que te lleve? —le preguntó ella, bañándolo con la mirada de sus grandes ojos que calentaban como un infernillo.

—Verás, me voy mañana de regreso a mi país y me gustaría visitar lugares y cosas que no me han mostrado las autoridades que me han estado paseando, tú ya me entiendes.

—Ajá, amor, pero ¿por qué crees que yo puedo hacerlo?

—¿No eres periodista?

—Pero soy una señorita y se me huele que tú me estás proponiendo que te lleve a lugares chumbones.

—¿Así llamáis aquí a la vida nocturna?

—Bueno, te llevo en mi carro, pero que no se note demasiado. ¿Te hace el gusto?

A Dynamo D. Damunt le agradaba el acento de la chica y su extraña forma de mezclar palabras en el lenguaje habitual de determinada gente de aquel país de clima cálido y abundante vegetación.

Jennie, al observar la atención que dedicaba a Charín, lanzó a Dynamo una mirada asesina. Luego, cambió y trató de acapararlo, pero Dynamo pensó que lo mejor era desaparecer de la embajada sin despedirse de Jennie.

Reconocía que era una mujer espléndida, pero en aquellos momentos, su mente trabajaba a top limited y no deseaba modificar sus planes por el atractivo de una mujer, una mujer deseable a todas luces, una mujer que en la intimidad perturbaba y casi enloquecía, pues era evidente que debía haber asistido a muchas clases de sexualidad en las que, por supuesto, no se hablaba de procreación y teórica de la genitalidad.

Sin embargo Dynamo, que conocía algo a las mujeres, estaba seguro de que Jennie no era una zorra, aunque detrás de la mirada de una mujer siempre había un misterio indescifrable, por lo menos para él que no pretendía saberlo todo.

Charín conducía su carro de fabricación americana con aparente relajo; no obstante, circulaba rápido, quizás porque las

calles de la ciudad estaban vacías y ella escogía las grandes avenidas, bien asfaltadas.

Después de contemplar los atrayentes y dorados muslos de Charín, pues se había subido la falda para conducir con mayor facilidad, observó que unos faros de automóvil no les perdían de vista; pensó que eran seguidos y no hizo comentarios.

Charín le llevó a un mirador que se hallaba en un parque público desde el que se dominaba el puerto. Era un lugar hermoso, en las aguas se reflejaba las luces de las embarcaciones amarradas.

—Por aquí es peligroso venir en soledad, hay muchos salteadores.

—¿Te han asaltado alguna vez?

—Sí.

—¿Te violaron?

—¿Te interesa saberlo? —preguntó ella mirándole a los ojos, aunque la luz dentro del coche era escasa.

—No es mi intención interrogarte.

Ella suspiró.

—Pues, sí, me violaron. Me costó un poco rehacerme, pero lo conseguí, desde entonces llevo esto.

Extendió su mano y justo debajo de la guantera sacó una pistola pavonada y plana.

—Calibre veintidós, siete balas. Parece un juguetito, pero puede hacer mucho daño.

—Sí, eso creo, no es una detonadora.

—¿La has probado en alguna ocasión?

—Ajá.

—¿Mataste a alguien?

—No, eso no, pero le metí dos balitas a uno en la pierna y se fue brincando.

—Eres una mujer muy segura de ti misma.

—Sé lo que quiero, y lo que me gusta, lo tomo.

Dynamo D. Damunt no llevó la iniciativa. Ella le pasó la mano por la nuca, se inclinó sobre su boca y le besó.

El deseó saber cómo besaba la nueva costeña y se sintió succionado con una fuera de tornado. Aquella mujer era devoradora en el seso.

—Calma, calma, que eres friego puro y no es bueno acortar la noche cuando puede ser tan larga como embrujada.

Ella se echó a reír. El hombre le preguntó:

—¿Qué te pasa ahora?

—Soy nieta de brujo.

—No me digas...

—Pues sí. ¿Me tienes miedo ahora?

—No, claro que no, eso te hace más sexy, si es que conoces algo de brujería.

—Ahora te enseñaré, gringuito, te enseñaré lo que es bueno.

El motor roncó en una violenta marcha atrás. Luego el automóvil se alejó por el parque iluminando el asfalto con sus faros halógenos.

La ciudad, en general, semejaba muerta en la noche, pero había lugares de diversión con muchas luces. Allí había vigilancia y parkings adecuados para los noctámbulos con dinero para gastar en aquellos locales que estaban lejos de los suburbios.

Charín no se detuvo en aquel área donde más o menos podía encontrar cosas semejantes a Pigalle, Sant Pauli o tantos barrios de diversión similares repartidos por todo el planeta con ligeras variantes, sexo internacional más *sexy-folk* con adiciones indígenas.

Charín le condujo a una colina donde se levantaban casas de madera que miraban hacia la playa entre palmeras.

Era un lugar hermoso, lástima que olía mal.

No lejos, en el mar, vomitaban emisarios submarinos de la gran ciudad y también quedaban cerca los vertederos de detritos, el gran basurero.

Las moscas formaban una sinfonía continua que había que escuchar a la fuerza, gustara o no.

Charín detuvo el coche frente a una casa con un largo porche de madera, lo mismo columnas que las débiles techumbres. Posiblemente aquel porche había sido medio derribado en varias ocasiones por los violentos tifones.

—¡Papaíto, papaíto!

Pudo oír unos pasos y a luz del farol de queroseno, pues no parecía que en aquella casa hubiera electricidad, apareció un hombre alto, con la tez ligeramente tostada. No parecía haber nacido en Nueva Costa.

—Papito, he venido con un amigo —le dijo ella, acercándosele y besándole en ambas mejillas.

—¿Amigo, amigo? —preguntó él con voz ronca.

—Sí, un amigo, es norteamericano.

—¿Yanqui?

—Supongo que sí.

El hombre dio media vuelta y se internó en la casa. Dynamo D. Damunt comprendió.

—Papaíto —insistió Charín yendo tras él.

Mientras tanto, Dynamo encendió un cigarrillo y miró el mar que besaba la arena dorado rojiza de la playa.

La muchacha no tardó en salir.

—Vamos.

Subieron al coche. Dynamo comentó:

—No es muy cordial tu padre.

—Mi papá está ciego. Un gringo lo arrolló con su coche, lo dejaron tirado y no recibió ninguna indemnización. Cuando salió del hospital, además de los cosidos en la cabeza, había quedado ciego.

—¿La policía no trató de averiguar quién fue?

—No, la policía no se preocupó de buscar a un gringo. Acá os paseáis como si fuerais los amos de esta bendita tierra.

—Lo siento.

—Tú nada puedes hacer. —Puso el coche en marcha y se alejó de la casa lentamente—. Mi mamá era nueva costeña, pero mi papá es canario.

—¿Canario?

—Sí, canario de España. El dice que es un descendiente de los supervivientes de la Atlántida, es muy orgulloso.

—A mí me ha parecido un hombre especial.

—Lo es. En sus buenos tiempos era el hombre que más ligaba acá.

—Vaya, entonces sí que estará rencoroso contra el gringo que lo atropelló.

—Sí, está resentido, ahora sólo tiene tres amantes que lo cuidan. Por eso hago mi vida con despreocupación, sé que está bien atendido.

Dynamo D. Damunt silbó admirativo.

—Tu padre es el *spanish lover*.

—Mamá sufrió mucho, hasta que se acostumbró. Luego, en fin, murió. Mira esa casa de las luces rojas.

—¿Qué es, un burdel?

—No exactamente. Mi abuelito está ahí.

—¿El padre de tu madre?

—Ajá. Es muy viejo, pero su mente tiene mucha sabiduría, lo que sucede es que le es muy difícil explicarse.

Detuvo el coche frente a las luces rojas y le pidió:

—Vamos.

Dynamo la siguió, mirando hacia atrás por si eran seguidos por otro coche. No vio nada en la oscuridad de aquellos caminos sin asfaltar, caminos de tierra dura y rojiza bastante arenosa, con mucha vegetación tropical en los márgenes que amenazaba con ocultar la senda e impedir el regreso de cuantos se perdieron por aquellos parajes.

En aquella casa había gente, hombres y mujeres. A Dynamo D. Damunt le pareció una taberna doméstica.

Una chica de piel bronceada y larguísima cabellera rasgueaba una guitarra con cadencia melancólica.

Charín le cogió de la mano y sin dejar de saludar a algunas personas, le hizo cruzar por entre una cortina sonora construida con millares de trocitos de bambú reseco.

Aquella salita estaba llena de un humo denso aromático, un olor al que Dynamo no estaba acostumbrado.

En una ancha butaca de mimbre se hallaba un venerable anciano que fumaba una larga pipa, una especie de calumet. Sus ojillos diminutos se escondían dentro de los rugosos párpados.

—Hola, Charín —comenzó a decirle lentamente. Alguna palabra se le perdía a Dynamo, pero en general le comprendía—. ¿Sigues envenenando al mundo con tu belleza?

—Abuelito, he venido con un extranjero que quiere vivir la noche.

—¿Es el brujo? —preguntó Dynamo, acercándose a la oreja de la chica.

—Ajá, mi abuelito lo sabe todo.

El viejo llamó a alguien con su voz muy ronca. Se le acercó una mujer de mediana edad y el anciano le habló al oído. Ella asintió y se alejó.

—Supongo que tú no querías que te llevase a un espectáculo internacional, ¿verdad?

—Cierto. Cualquier espectáculo de corte internacional puedo vivirlo en New York, Los Angeles o Miami; esto parece más íntimo.

—Es un ambiente cordial —le observó ella, añadiendo— aunque la gente que está aquí no te aprecia.

—¿Porque soy norteamericano?

—Eso es, mi amor, eso es, pero como has venido conmigo...

—Piensan que no soy malo del todo.

—Ajá. Yo no creo que todos los demonios del infierno sean malos.

—Ni todos los ángeles del cielo bueno.

—Ajá, mi amor, eso es.

La mujer de antes se presentó llevando una azafata que puso sobre los brazos del sillón de mimbre. Aquella bandeja sostenía un mortero de madera, varios tarros de cristal conteniendo hierbas, dos botellas muy oscuras y varios vasos. Todo ello le hizo opinar a Dynamo:

—Parece un laboratorio de química de aficionado.

—No temas. El abuelo Aztepatua no ha hecho jamás daño a nadie.

Dynamo pudo oír que otras guitarras se unían a la primera con su rasgueo.

El anciano comenzó a preparar algo que introdujo cuidadosamente dentro de una jarrita. Luego, dentro de ella vertió líquido de las dos botellas que tenía y no por partes iguales. Filtró lo que había conseguido, un líquido rojo como un vino tinto espeso que escanció en dos vasos por igual. Los tomó y se los ofreció a Charín y a Dynamo, respectivamente.

—¿He de tomarlo? —preguntó el norteamericano, entre irónico y receloso.

—Mi abuelito no te haría este honor si no hubieras llegado conmigo. Soy su nieta y tengo un vaso igual al tuyo.

Dynamo lo alzó delante del anciano y éste asintió con la cabeza. Luego, el joven se lo bebió y Charín hizo lo mismo.

—No he bebido nunca nada igual. Es como una cocaola más áspera y sin burbujas.

Dynamo siguió a Charín.

En la sala grande, una joven había comenzado a bailar. Otra mujer les ofreció cerveza fresca y Dynamo, que empezaba a sentir calor, la tomó.

No supo cómo ni en qué momento, se vio danzando con Charín. Oía aplausos, música de palmas y rasgueo de guitarras en torno a él. Los ojos de Charín se lo comían vivo y no le dejaban ver nada más de lo que había a su alrededor.

«Te deseo, te deseo», comenzó a repetir su mente.

Todo se fue transformando, las formas y los colores cambiaron.

El rostro de Charín se hizo más deseable y una oleada de fuego le envolvió.

Danzaban, ahora en la playa. Notaba la arena húmeda bajo sus pies desnudos. El mar rompía casi sin movimiento.

Charín estaba al alcance de sus manos, con una desnudez que embriagaba.

Los cabellos negros, largos y abundantes, ocultaban en parte su cuerpo y las puntas de los senos se abrían paso entre ellos. La tomó y sintió el fuego de sus besos, de su caricias.

Le pareció que el oleaje aumentaba furioso y lo envolvía, zarandeándolo. Después, cayó en una laxitud que invitaba a dormir.

Junto a él, en la arena, estaba la mujer con los párpados cerrados.

Cuando sólo deseaba dormir y le era imposible hacerse dueño de su cuerpo, un rostro infernal, horrible, un rostro que era una máscara de conjuros, se puso delante de él.

Aquel ser fantástico manejaba un machete de brillante filo que apoyó en su garganta. Su cuerpo no le obedecía y aquel machete amenazaba con cortarle la cabeza o, cuando menos, degollarle.

—Sueiro y el coronel Heinz van a llevar a cabo el robo del siglo. Si tú eres uno de sus secuaces —silabeó la máscara horrenda con su oscurísima voz que no parecía humana—, si eres uno de sus secuaces, repito, te cortaré la cabeza.

El machete se alzó en el aire sobre un cielo claro y muy azul. Describió un arco con mucha rapidez, como si fuera a decapitarle, y pasó por encima de su cabeza.

De pronto, cayó un chorro de sangre sobre su rostro y Dynamo perdió el sentido.

Se durmió profundamente y despertó al sentirse zarandeado. El cuerpo le picaba. Abrió los ojos y se vio rodeado de policías.

Un oficial le preguntó:

—¿Es usted míster Damunt, norteamericano?

—Sí, claro.

Se sentó sobre la arena y tuvo conciencia de su absoluta desnudez.

—¿Está usted herido?

—No, no, creo que no.

—Pues, está sucio de sangre —observó el oficial de policía.

—No sé qué me ha pasado...

—Posiblemente ha caído usted en una orgía de macumba.

—¿Macumba?

Entre los cuerpos de los policías divisó el mar. Se levantó, los apartó y corrió hacia el agua, lanzándose de cabeza para estimular su cuerpo y lavarlo de la sangre que se había pegado a él mientras los agentes sostenían sus ropas y su pasaporte.

Pocas horas más tarde, el coronel Hugo Heinz sonreía, comprensivo.

—Aunque no nos haya contado lo que sucedió, yo sí puedo decirle que las mujeres de este país son muy fogosas

—Sí, eso creo yo también.

—No tema. Por lo que respecta a nosotros, usted estuvo durmiendo y no habrá periodista que quiera burlarse. Consideramos el hecho como un asunto privado.

—De acuerdo, no lo olvidaré.

Dynamo subió al avión cargado con su portafolios en el que llevaba los planos de la macro escultura de Ceballos

Debajo de la enorme peluca negra y las gafas de sol, se cubrió a la periodista norteamericana.

—Jennie...

—Había oído decir que te habían asesinado.

CAPITULO IV

—Estás preocupado y tenso, demasiado tenso —se quejó Vivian mientras le masajeaba con sus habilidosos dedos.

—Sí, estoy nervioso o mejor diría molesto.

—¿Por el viaje a Nueva Costa?

—Les he contado los hechos y problemas con que me encontré es ese país.

—¿Y no te han hecho caso? —preguntó Vivian que reseguía los músculos del hombre con sus dedos y luego le daba golpecitos, buscando su relajamiento.

—Exacto, no me han hecho caso. Me han dicho que siga adelante, que me olvide de lo que he visto o de lo que me haya podido ocurrir.

—¿Y has visto mucho?

—*Top secret.*

Dynamo pensó en la muerte del aeropuerto de Nueva Costa; pensó en la llamada anónima que recibiera en la embajada y lo cierto es que temía por la vida de aquella mujer desconocida.

—No te relajas, Dynamo; es como si estuvieras antes de iniciarse unas elecciones importantes.

—Vivian, no sé cómo acabará el asunto que llevo entre manos, pero no me extrañaría que me pegaran un tiro y aún no sé por qué. No entiendo nada. Me han convencido de que va a cometerse el robo del siglo.

Dynamo D. Damunt fue al despacho de su superior inmediato, un hombre con aspecto de ejecutivo tecnócrata que tenía una docena de años más que él y muchas arrugas en su rostro.

—Lo siento, Dynamo, no insistas sobre ese tema. Lo que suceda en Nueva Costa no es asunto nuestro, no somos la C.I.A. Deja al mundo correr y que todo siga por el carril marcado.

—¿En realidad quieres saberlo?

—Sí. ¿Ha sido el alcalde?

—No, él ha aceptado este asunto como uno de tantos que se mueven en la alcaldía. Quien ha movido esto es Josephson.

Después de buscarlo en distintos lugares, halló a Josephson en un campo de golf.

Sobre el cuidadísimo césped estaba él vestido impecablemente de blanco con su pelotita y un caddie detrás.

Josephson rondaría los sesenta años, usaba gafas y resultaba bastante alto. Era un hombre muy seguro de sí pero parco en palabras. Sonreía mucho pero su sonrisa, más que cordial, era muy profesional.

—Hola, Damunt, me encanta verle. Usted es un hombre que

llegará lejos en la política. He pensado en usted como futuro alcalde, aún no sé de qué ciudad, pero lo conseguiremos, ya lo verá.

Dynamo hundió las manos en los bolsillos de su pantalón. Observó el excelente golpe que Josephson dio a la pelota, la siguió con la vista, la vio caer y rodar cerca de una de las banderitas.

Echaron a andar sin prisas bajo un sol suave que calentaba la hierba y levantaba algo de humedad.

—El asunto de Nueva Costa, el hermanamiento de las dos ciudades, habría que dejarlo correr no me parece limpio del todo.

—¿Ah, no, por qué?

—Pude ver a la víctima de un crimen y creo que tiene que ver con este hermanamiento.

Josephson Puso su gran mano sobre el hombro de Dynamo, mirándole directamente.

—No se meta en los asuntos internos de otros países, Damunt. Deje ese trabajo para otros, sin duda los hay que se ocupan de ello.

—No estoy hablando de problemas internos de otros países si no de que esto me parece un *affaire* criminal de corte internacional.

—Usted imagina demasiado, deje de comportarse como un detective privado. Usted es el vicedcomisionado de cultura y yo, el consejero de relaciones públicas para las elecciones. Aquí no pasa absolutamente nada, todo está bien: Se trata de promocionar ambas ciudades a través de la cultura y las buenas relaciones. No existen otros intereses de por medio y los respectivos gobiernos están de acuerdo en que esto se lleve a cabo. El hermanamiento de dos ciudades que no pertenecen al mismo país es algo normal y muy corriente, especialmente en Europa. Ayuda a comprenderse mejor de forma internacional. .

—Es usted un hombre de fácil palabra, Josephson, para algo es consejero de relaciones públicas.

—Exactamente. Si no fuera por mis relaciones públicas, el alcalde que ahora tenemos en Albany sería otro. Para que todo esto funcione ha de haber personajes como yo que conocen a mucha gente y a su vez son conocidos, pero que no ostentan cargos políticos, lo que les permite moverse con facilidad para establecer contactos.

Josephson no le convenció y menos cuando en el parking descubrió un Rolls Royce de alta elegancia, color gris perla.

Aquel automóvil lujosísimo pertenecía a Josephson. Por sus labores de contactos, Josephson debía ganar su buen dinero, pero

quizás obtenía también otros beneficios de forma oscura, pero comprendió que esto no podría demostrarlo.

No le gustaba nada todo aquel asunto, mas tampoco podía investigar, estaba lejísimos de Nueva Costa. Se encogió de hombros y se dijo que su misión era cultural y urbanística, de relaciones públicas, nada más. Que la policía se encargara de la cuestión.

No obstante, montó en su automóvil pensando que Josephson no le gustaba. Le parecía un vividor de las situaciones oscuras aunque él vistiera de impecable blanco.

En Manhattan se metió en la guarida de un reportero especializado en arte. Se llamaba Coller y era un hombre bajito, con ojos saltones y mirada de búho, tenía el cabello rizado y una cara muy ancha. Resultaba difícil olvidar su rostro una vez se había visto.

Coller tenía las paredes llenas de cuadros y fotografías. El admitía que muchos de aquellos lienzos eran copias, pero tenía un sistema de seguridad en puertas y ventanas, por lo que Dynamo dedujo que los cuadros eran valiosos. También tenía muchas litografías.

Coller casi siempre llevaba un cigarro apagado entre los dientes. No solía quitárselo para hablar y se le entendían mal las palabras.

—¿Qué sabes de Ceballos? —le preguntó.

—¡Cierra el grifo! —chilló Coller.

Dynamo pudo oír una risa femenina. Al poco, salió una chica que le llevaba casi dos palmos de altura a Coller y que iba envuelta en una bata que se abría con excesiva facilidad.

—Cariño, ¿es amigo tuyo? —preguntó, señalando a Dynamo al que sonreía.

—Vete a la mierda, querida.

—Siempre tan grosero. —Se acercó a Dynamo y trató de aproximarse en exceso.

—Métele mano si quieres —le dijo Coller—, no es mi mujer.

—Sólo he venido a hablar contigo, Coller.

—Ya lo has oído, nena, vístete y largo.

—De acuerdo, de acuerdo. Hum, cuando no consigue la gozada se pone de un humor de perros.

La modelo les dejó solos. Coller sacó las copias fotográficas que le entregara Dynamo y le dijo:

—Una escultura así, una vez se ha realizado, puede hacerla cualquiera, pero crearla como original, no. Para esto se ha de tener una gran sensibilidad artística y una percepción cósmica nada común.

—Pero, ¿eso no es de Ceballos?

—Tendría que examinarla con lupa para determinar la dirección

seguida por el cincel y otros detalles, pero al primer golpe de vista diría que sí, es muy propia de Ceballos y como es una obra creada recientemente, no hay literatura alguna sobre ella. Estimo que se puede aceptar como buena; además, parece que la ofrece el gobierno de Nueva Costa.

—Precisamente recelo por ese motivo; él no aceptaba el gobierno que ahora hay allá.

—A veces, los hombres cambian. Los artistas pueden ser tan volubles como cualquiera, máxime si al final se trata de halagar su vanidad.

—Y de Ceballos, ¿qué sabes?

—No he conseguido averiguar dónde está —confesó Coller—, pero tengo un par de contactos y los exprimiré. ¿Te interesa mucho el asunto?

—Sí, mucho.

—¿Tanto como para pagarme diez mil dólares?

—¿Diez mil dólares? —brincó Dynamo.

—Ten en cuenta que siempre hay gastos, viajes, pequeños sobornos.

Dynamo pensó que al final tendría que pagar de su bolsillo aquellos diez mil dólares que Coller pedía por su intervención, pues el Ayuntamiento no iba a cubrir tales honorarios.

—De acuerdo. Si me traes algo, que sea realmente bueno.

—¿Bueno, como qué?

—Una entrevista para mí con Ceballos.

—Eso puede resultar muy difícil.

—También va a resultar muy difícil para mí pagarte diez mil pavos, por menos dinero podría contratar a un detective privado.

—En realidad, los reporteros somos un poco detectives privados, sólo que lo que descubrimos lo voceamos a los cuatro vientos y lo publicamos en cuantos más periódicos y revistas mejor. Lo que también sucede es que yo dispongo de más contactos en el mundo del arte que cualquier detective privado al uso. De todos modos, si descubro algo, te llamaré.

—Espero que esa escultura no sea un bluff, porque si es así, vamos a ser el hazmerreír del mundo entero.

—Peor quedarían las autoridades que regalan la escultura y no creo que les convenga un patinazo de esa clase, es más, si todo va bien, ellos quedarán muy elegantes ante la opinión mundial. Los ambientes intelectuales de todo el mundo verán con buenos ojos el flirt entre el gobierno de Nueva Costa y el disidente Ceballos.

Damunt aceptó el trato y Coller, también.

Lo difícil, y ambos lo sabían, sería averiguar dónde se encontraba el escultor Ceballos.

CAPITULO V

Dormía profundamente cuando sonó el timbre del teléfono.

Dynamo tanteó con la mano hasta descolgar el aparato que tenía en la mesita de noche. Sin abrir la luz ni los párpados se lo puso al oído y gruñó:

—Si se ha equivocado, me acuerdo de su padre.

—¿Duermes solo o acompañado?

—Diablos, qué pregunta a las... —miró su reloj— las tres y cuarto de la madrugada.

—¿Solo o acompañado? —insistió la voz femenina.

—Oye, ¿lo que quieres es joderme o qué?

—Ajá.

—Diablos, la macumbera... —Se incorporó en la cama de un salto.

—¿Me has reconocido?

—Claro, tú eres Charín. —Se frotó los ojos.

—Eso es, Charín, pero ¿estás solo o acompañado? Aún no me lo has dicho.

—Lo de joderme me refería al sueño, ¿sabes?

—¿Solo o acompañado?

—Solo-solo; bueno tengo un par de tortugas en terrario, pero no creo que eso importe demasiado.

—No, por un par de tortugas no pasa nada. Estoy abajo en una cabina de teléfonos pública y con un taxi en marcha. Si llegas a estar acompañado, me hubiera ido en él. Ahora le voy a pagar y subo.

—De acuerdo.

Se cortó la telecomunicación. Dynamo se acercó a la ventana y a través del cristal miró hacia la calle.

Charín estaba pagando al taxista. La calle estaba vacía de personas pero llena de automóviles estacionados.

Dynamo abrió la puerta del edificio con el portero el fue a la ducha. Se metió bajo ella para despejarse.

Charín no comenzó a llamar preguntando si estaba o no en el apartamento, ya se había introducido en él. Cerró la puerta, descargó un maletín que llevaba consigo y luego se dirigió al cuarto de baño.

—¿Por qué te duchas ahora, amorcito, demasiado calor?

—Será eso. Anda, prepárame café.

Charín preparó un café que nada tenía que ver con el café a lo yanqui, que para un buen catador de café resultaba algo así como una infusión purgante.

—¿Has venido para la inauguración de la escultura de la hermandad?

—Sí, y he pensado que estaría mejor contigo que en un hotel.

—Muy bien. ¿Y si no llego a estar solo?

—Pues me habría ido al hotel.

—Charín, me dejaste muy mal en la playa.

—Yo también me dormí. Cuando desperté, tú estabas bien y yo me fui discretamente. Después me contaron que te había encontrado la policía y para ti, un norteamericano, eso no era problema.

—¿Y la sangre?

—¿Qué sangre?

—La que tenía encima, manchándome.

—No sé nada.

Dynamo la miró a los ojos y. pensó que mentía de maravilla o decía la verdad.

—Me desperté manchado de sangre, sangre que ya se había secado por el sol. Además, no me gustó que tu abuelo me drogara.

—Bueno, eso no es drogarse, fue una ceremonia.

—Macumba o lo que sea, pero científicamente lo que hizo tu abuelo fue drogarme.

—El no lo consideró en esa forma. El quiso que tú y yo nos amáramos, se dio cuenta de que yo te amaba y ayudó a la situación. ¿Acaso no fuiste feliz conmigo?

—El sueño fue muy bueno, el despertar pésimo. Prefiero las gozadas al natural, sin drogas.

—No te enojas, amor.

—¿Tu abuelo tiene máscaras?

—¿Te refieres a máscaras de ceremonias?

—Sí.

—Ajá, el abuelito las tiene, pero no las usa ahora.

—¿Y machetes?

—No, no creo que tenga ningún machete, mi abuelito apenas puede caminar, pero el machete es muy usual allá, hay mucha selva.

—Sí, mucha selva. Dime qué sabes de Sueiro.

—Que es un gerifalte del ministerio.

A Dynamo le agradaba mucho el acento cadencioso y sensual de Charín, su forma de hablar. Ella, con sus labios carnosos, transformaba lo duro en suave, relajaba oírlo.

Dynamo comenzaba a no lamentar haber sido despertado.

—¿Ha sucedido algo anormal por Santa María de Nueva Costa?

—Todo sigue igual y creo que el transporte de la escultura de Ceballos ha resultado bien, ya está acá.

—Verás, Charín, creo que en todo este asunto hay cosas que no funcionan, hay sangre.

—Si te refieres a que hay gente que no está de acuerdo con las ceremonias que se van a llevar a cabo con el acto de hermanamiento, es lógico. Nuestro gobierno es conflictivo y tiene muchos disidentes.

—No, no me refiero a eso. No quiero inmiscuirme en estos asuntos, yo hablo de un robo, un robo importante.

—¿Un robo, de qué robo hablas?

—No lo sé, me gustaría encontrar a Ceballos para averiguarlo.

—¿Ceballos está involucrado en esto?

—No, no creo que Ceballos esté metido en un robo, o quizás sí, estoy hecho un lío. Sé que algo va a saltar hecho pedazos, pero no sé cómo ni cuándo.

—¿No será que tratas de ver más de lo que hay? Todo está tranquilo, pasarán la ceremonia por televisión.

—Lo que va a irritar a unos cuantos. La C.I.A. y el F.B.I. han puesto ya medidas de seguridad para evitar disturbios.

—No pasará nada, ya lo verás.

Sonó el teléfono y ambos se removieron, inquietos. Dynamo miró su reloj y opinó:

—Parece que es una noche para no dormir.

Fue al teléfono y lo descolgó.

—¿Dynamo?

—Sí.

—Coller al aparato. —Se rió un poco—. Perdona que te reviente el sueño. ¿Estás con una chavala?

—Sí.

—¿Estás en el precalentamiento o ya habéis terminado?

—Vete a la mierda, Coller.

—¿Cuelgo?

—Espera, espera, si has llamado ha sido por algo.

Coller se rió sordamente. Después, como quien está jugando, le concretó:

—Te voy a decir dos cosas, Dynamo, dos.

—Adelante.

—La primera es un acertijo.

—¿Quieres que te vuelva a enviar a la...?

—No, no, escucha, escucha que te interesa mucho. Oye lo que te digo no se lo cuentes nunca a Josephson.

—Aguarda... ¿Te refieres a Josephson, el relaciones públicas de Albany?

—El mismo.

—Sigue.

—Recuérdalo, no le digas nunca que la chica merece treinta y cuatro besos, doscientos veintidós lametones en los pechitos para

terminar con dos polvos completos.

—Oye, ¿qué significa eso?

—Es un acertijo. —Volvió a reírse—. Repito, grábalo en tu memoria. Treinta y cuatro besos en la boca, doscientos veintidós lametones en los pechitos y dos polvos completos. ¿Lo has cogido?

—¡Sí, con los dientes! ¿Qué diablos significa?

—Lo segundo que tenía que decirte es que vengas a verme de inmediato. Si me traes los diez mil del ala y la solución del acertijo, te voy a dar la gran sorpresa.

La comunicación se cortó. Dynamo quedó pensativo, miró el teléfono y sintió deseos de llamar a Coller.

—¿Sucedo algo, amorcito?

—Me voy.

—¿Te puedo acompañar?

—Quédate aquí.

—¿Sola?

—¿Llevas tu cámara de fotografiar?

—Sí, en el bolso llevo dos. ¿Por qué?

—Coge la más pequeña y acompáñame.

—¿Adónde?

—A ver un crítico de arte.

—¿A estas horas?

—Dice que tiene prisa, puede ser algo importante, pero ojo, si te digo que no hay reportaje vas a mantener la boquita cerrada.

—Uy, qué miedo, pareces un dictador censurando a la prensa.

—Entonces, te quedarás.

—Palabra que tendré la boquita cerrada como tú dices.

—Vamos.

Dynamo se vistió y Charín cargó con un bolso de mano dentro del cual llevaba una pequeña cámara.

A bordo de su automóvil, Dynamo D. Damunt pisó a fondo el acelerador y se metió en la autopista para dirigirse a New York. Conducía rápido, pero la distancia era considerable.

Llegaron a Manhattan después de cruzar el Hudson River. Era de noche todavía y no había comenzado a llenarse el metro y los trenes que diariamente trasladaban a millones de laboriosos seres desde los gigantescos barrios periféricos.

No habrán de pasar muchos minutos antes de que la isla rocosa donde se elevaban los edificios más altos de la Tierra comenzara a bullir casi de forma enloquecida.

Subieron a la guarida de Coller.

Dynamo llamó a la puerta sin obtener respuesta y le pareció que ésta no estaba cerrada del todo. La empujó y comprobó que

cedía.

—Vamos —le dijo a Charín que le seguía de cerca, intrigada e interesada.

Dentro del apartamento, casi todas las luces estaban apagadas. Una luz piloto se hallaba encendida dentro de la alcoba y también en el cuarto de aseo.

—¡Coller!

El crítico de arte no respondía.

Dynamo pasó al cuarto de baño y se encontró con algo terrorífico.

Todo estaba manchado de sangre y en el suelo aparecía la cabeza de Coller, limpiamente cortada. Coller había quedado con los ojos abiertos, su muerte había sido tan súbita como violenta.

Charín chilló y Dynamo se volvió hacia ella tapándole la boca con la mano.

—Por favor, no grites o vas a complicar más las cosas.

—Dios mío, Dios mío, qué horrible —gimió.

Dynamo la sentó en el sofá y regresó al cuarto de aseo evitando pisar la sangre vertida. Dio un vistazo y comprobó que el resto del cuerpo de Coller se hallaba dentro de la bañera y vestido.

Tenía las manos atadas a la espalda y por lo que parecía, le habían obligado a arrodillarse junto al borde de la bañera estando él dentro. Su cabeza, al ser cercenada, había caído sobre el embaldosado.

Estuvo en la sala de trabajo de Coller. Observó en derredor y comprendió que no iba a ser fácil encontrar nada útil, había demasiadas cosas.

Se acercó al teléfono y buscó en el bloc que había al lado. Había anotado un número de teléfono que identificó de inmediato, era el suyo propio y también había tres cifras, las tres que formaban parte del acertijo.

Arrancó no sólo la hoja del bloc sino diez más bajo la misma para que no quedaran huellas de la presión del bolígrafo. Se guardó las hojas y recogió a Charín diciéndole:

—Vámonos de aquí. No toques nada.

Salieron del edificio. Desde una cabina pública, Dynamo llamó a la policía denunciando al asesinato pero sin darse él a conocer. Luego, regresó al interior del coche.

—Vamos a regresar a Albany.

—¿Qué ha dicho la policía?

—No puede decir nada, la investigación se abrirá ahora mismo.

Pudieron oír la sirena de un patrullero. Dynamo pasó desapercibido para los policías que iban a comprobar si lo que se les acababa de denunciar era cierto.

—¿Lo conocías mucho?

—Un poca, era un excelente crítico de arte.

—¿Tenía que ver con la colocación de la escultura de Ceballos?

—Algo.

—¿No ha podido decirte nada?

—Sólo un acertijo.

—¿Cuál?

—Ya trataré de resolverlo yo.

—¿Por qué le han matado?

—Es evidente que sabía demasiado.

—¿Crees que ha sido por el asunto de la escultura?

—Me temo que" sí, es más, diría que estoy seguro.

—¿Por qué?

—La gente de New York no suele utilizar el machete con tanta habilidad. Es posible que haya quien sepa utilizarlo bien, pero Coller había averiguado algo que creía le iba a hacer ganar la bonita cifra de diez mil dólares.

Tuvieron que parar en un área de servicio para tomarse dos cafés. Charín se sentía mal.

—Oiga, ¿se llama usted Damunt? —le preguntó una camarera, acercándosele.

—Sí, ¿por qué?

—Le llaman al teléfono.

—¿A mi?

—Sí, si usted es Damunt.

—Qué raro.

Se acercó al teléfono que ya estaba descolgado en un extremo del mostrador.

—Damunt al aparato.

Una voz gruesa, expresamente desfigurada, comenzó a decirle despacio:

—No trate de averiguar quién soy, pero le prometo que si no mete las narices en lo que no le importa, no tardará en tener en propiedad el mejor coche del mercado. Si hace lo contrario...

Dynamo acababa de colgar ya el teléfono sobre el mostrador, sin querer escuchar nada más. Corriendo preguntó a la camarera:

—¿Dónde hay más teléfonos?

—Afuera, junto a la gasolinera.

Corrió fuera de la cafetería y buscó con la mirada el área de los surtidores de gasolina que quedaba como a cien pasos. En aquel instante, tres automóviles se alejaban y desanimado se dijo que dentro de cualquiera de ellos podía ir el tipo que le había llamado por teléfono tratando de sobornarle.

CAPÍTULO VI

Dynamo D. Damunt, acompañado de Charín, presenció el traslado desde el barco a una gran plataforma de camión de la extraña y pesada escultura de Ceballos.

Todas las medidas de seguridad habían sido tomadas para el singular transporte.

Las potentes grúas portuarias la izaron en el aire y trasladaron aquella especie de gigantesco huevo de granito rosado con más de veinte toneladas de peso, hasta dejarlo sobre la plataforma del camión transporte, donde fue sujeta con maderos y anclajes de cable de acero.

Charín le hizo un par de fotografías, unos agentes de paisano la vigilaban atentamente. Otra mujer se les acercó y Dynamo la identificó en seguida.

—Ahí está Jennie.

—Hola. ¿Cómo ha ido todo, llego tarde?

—Ya está en el camión —le respondió Dynamo.

—¿Adónde se la llevan?

—A un almacén. Esta madrugada, con las carreteras más libres, saldrá hacia Albany. Allí están las grúas listas para la colocación de la escultura en el lugar oportuno.

—¿Y la inauguración? —preguntó Jennie.

—Dentro de cinco días. Antes, una comisión de expertos visitará la escultura.

—¿En qué lugar estará para esa visita?

—En el lugar de colocación permanente, envuelta con un toldo que se quitará para que los técnicos la examinen. Se trata de una comisión que luego hablará en los medios de difusión, televisión, radio y prensa, sobre la escultura de Ceballos.

—¿No se molestarán los de la embajada de Nueva Costa por esta inspección? —preguntó Jennie mirando a Charín.

Fue Dynamo D. Damunt quien respondió:

—Si recelan, ya se les pasará. Es lógico que la escultura sufra una inspección antes de la inauguración oficial.

—Coller no podrá inspeccionarla —le dijo Jennie.

—Si, desgraciadamente no podrá —admitió Dynamo.

—La policía anda loca tratando de averiguar quién fue el bárbaro asesino que lo decapitó.

—Todos esperamos que lo atrapen —dijo Dynamo.

—¿Le habías dicho algo sobre la escultura? —preguntó Jennie.

—Sí. Sin duda; él hubiera formado parte en la comisión.

El gran camión hizo roncar su motor, poniéndose en marcha. Lo siguieron hasta que se introdujo en un gran almacén portuario.

Una vez dentro de él, la cabeza del camión desenganchó la plataforma sobre la que había quedado sujeta la escultura y se alejó, dejándola depositada allá.

—¿Estará aquí hasta el momento de la colocación? —inquirió Jennie.

—Así es —confirmó Dynamo—. Saldrá de aquí por la noche, ya te lo he dicho, y será colocada en el lugar que ya se está acondicionando. Este es un asunto del equipo de transportes del Ayuntamiento de Albany, la jardinería ya está dispuesta. De todos modos, la comisión de críticos la inspeccionará como antes os he dicho. Ahora, ya nos podemos ir, no creo que nadie robe algo tan pesado. Además, no le serviría para nada y tampoco podría venderla pese a lo valiosa que es.

—¿Queréis que os presente a alguien importante? —les preguntó Dynamo cuando ya se hallaban fuera de los almacenes y el guarda del lugar se disponía a cerrar la gran puerta metálica.

Las dos mujeres asintieron, pero Jennie les dijo:

—Yo os seguiré en mi coche.

Las condujo al Pantheress Club en el mismísimo Manhattan, un club que ocupaba tres plantas de un rascacielos de la Cuarta Avenida, tres plantas pero a treinta de altura. El edificio era moderno y con todo confort.

El club era muy selecto. Allí se charlaba, se jugaba, se practicaban algunos deportes de sala o se introducía uno en su sauna.

Aquel club servía como punto de reunión para altos ejecutivos que preferían encontrarse en sitios como aquél y no en despachos donde unos u otros podían ejercer más fuerza.

Allí se llevaban a cabo negocios de una forma casi desenfadada, pero eran negocios muy importantes en ocasiones. Cuando aquellos hombres se reunían en largas mesas de consejos de administración, prácticamente ya estaba decidido todo, sólo faltaba firmar.

Josephson estaba allí, muy sonriente, pero al ver a Dynamo, su sonrisa se enfrió; no obstante, hizo el esfuerzo por cambiar y se acercó a él, amistoso y cordial.

—Hola, Damunt, va muy bien acompañado. ¿No va a presentarme a estas bellezas?

—Son periodistas. ¿No las conoce?

—Conozco a un montón de periodistas, pero a ninguna tan hermosa.

—Josephson, relaciones públicas político —presentó Dynamo—. Jennie, Charín... Por cierto, acabamos de dejar en el almacén la escultura de Ceballos.

—Ah, magnífico. Tendría que ir a verla, pero prefiero que la instalen primero para poder admirarla en su emplazamiento definitivo, así adquirirá más grandeza; pero, por favor, ¿qué desean tomar?

—Será un día hermoso —opinó Charín—. Una gran obra de arte de Ceballos quedará expuesta a la vista de los ciudadanos de este enorme país.

—Usted es de Nueva Costa, ¿verdad? —le preguntó Josephson, de antemano seguro de que iba a acertar.

—Ajá, soy nueva costeña y he venido acá para hacer un reportaje de la ceremonia de hermanamiento.

—Magnífico. Espero que el reportaje sea muy bueno y seguro que va a resultar en esa forma.

—Lo que yo siento mucho que Coller no pueda estar en la comisión técnica de inspección de la escultura, ya que Ceballos no aparece por parte alguna para certificar la obra de arte.

—Ya sabe que los artistas, en ocasiones, se esconden para trabajar en soledad y puede que no desee aparecer en público durante esta ceremonia. El ha hecho la obra, pero quizás no esté de acuerdo con muchas cosas de su país.

—Josephson, ¿cuándo vio a Coller por última vez?

—¿A Coller, el reportero de arte?

—Sí —insistió Dynamo.

—Pues, no sé, no recuerdo. Supe lo de su asesinato, pero morir en New York es demasiado vulgar, aunque su muerte fuera espectacular.

—¿Y no sabe nada más de su muerte?

—¿Yo? Me pregunta como si fuera de la policía, Damunt.

—Se lo pregunto porque usted tiene muchas amistades, muchas influencias.

—Para la ciudad sólo será una ceremonia sin importancia. Habrá algunas manifestaciones de los hispanos de New York, pero no tocarán la escultura porque está realizada por Ceballos al que respetan. Al cabo de dos días, ya nadie hablará de ello y la escultura quedará.

—Yo creo que en todo esto hay algo más, mucho más.

—¿Ah, sí, Damunt, qué cree que es ese algo más?

—No lo sé, un robo, y no lo entiendo, nadie va a querer robar esa escultura. Sería absurdo, no habría forma de venderla y con el tamaño y el peso que tiene no creo que sea lo mejor para que un coleccionista fanático se la lleve al jardín de su casa para contemplarla a solas.

—No sé quién le ha metido en la cabeza eso del robo, Damunt —le dijo Josephson burlón—, cuando usted mismo opina que es

absurdo tal robo.

—De todos modos, no estaría de más que el Ayuntamiento de Albany pidiera al de la ciudad de New York protección especial hasta que la escultura sea sacada de New York con dirección a Albany.

—Manhattan es el meollo del delito. En pocos lugares del planeta se roba y se cometen tantos crímenes como aquí —observó Jennie.

—No creo que la policía neoyorkina se interese demasiado en custodiar una escultura que mucha gente no va a entender.

—De todos modos, no estaría de más avisarla.

—No pierda el tiempo en este asunto —cortó Josephson.

Un tanto irónico, Dynamo preguntó:

—¿Es un consejo?

—Sí, es un consejo. Ya sabe cuánto estiman mis consejos sus superiores. No me gustaría que tuviera un tropiezo en su carrera política.

—Me temo, Josephson, que soy muy malo para los consejos. Le dejo en grata compañía. Quedaos con el relaciones públicas, yo tengo que hacer, acabo de tomar una determinación. Charín, Jennie te puede acompañar por Manhattan.

Antes de que pudieran detenerlo, Dynamo se alejó del grupo. Josephson le siguió con la mirada, una mirada en la que ya se gestaba el rencor.

Trató de ponerse en contacto con el comisionado de seguridad de la ciudad de New York y no lo consiguió, le dijeron que estaba ausente.

Llamó a la alcaldía de Albany y, tras identificarse, pidió que solicitaran al Ayuntamiento de New York una protección especial para la escultura de Ceballos.

Le contestaron que tramitarían el asunto, pero Dynamo no quedó muy convencido y optó por dirigirse al club El Perico.

Sabía que no era bien recibido en aquel club de hispanos, los odios y los rencores estaban demasiado arraigados en el asfalto de la deshumanizada ciudad.

—¿Está aquí el «Armadillo»? —preguntó al camarero cuando se hubo acercado al mostrador mientras era observado con recelo. Posiblemente se le tomaba por un G-man y no menos de dos portorriqueños habían salido a la calle para comprobar si había algún automóvil policial.

—Yo no sé nada, amigo. Mejor márchese si no quiere encontrar camorra.

—No soy policía, sólo quiero hacer un favor a «Armadillo».

—¿Un favor? —repitió, receloso—. ¿De verdad le quiere hacer

un favor?

—Sí, «Armadillo» es un detective privado y quiero contratarlo.

—Bueno, si es eso... —se fue hacia un extremo del mostrador. Descolgó un teléfono, marcó varios números y habló vigilando de reojo a Dynamo que aguardaba frente a un vaso de agua tónica.

Dynamo no quiso manifestar inquietud ante las miradas nada tranquilizadoras de quienes les rodeaban.

Al fin, apareció un hombre que se sentó a su lado frente al mostrador.

—Un gimlet a cuenta del amigo —pidió.

—¿Eres «Armadillo»?

El hombre era muy alto para ser latinoamericano. Vestía chaqueta ajustada de color oscuro y camisa con cuello de cisne. Tenía la tez bronceada, podía ser un cuarterón.

Sus ojos eran tan oscuros como su cabello, lacio y largo. Llevaba un bigote recortado y largo en horizontal que parecía pretender llegar hasta las orejas en sus extremos.

—Si no nos conocemos, ¿por qué me buscas? ¿De veras no eres un G-man?

—No, no soy ningún agente detective, pero tú sí eres un detective privado.

—Sí, tengo la licencia en regla. Han tratado de quitármela un par de veces pero tengo amigos arriba. —Apuntó con el dedo hacia lo alto con un ademán significativo—. Siempre es conveniente que existan hombres de mi raza y que sean detectives privados para meter las narices donde haga falta, pero no voy a servir a los de tu raza en contra de los de la mía.

—No pretendo tal cosa, sólo busco a un profesional para que se sitúe en un punto de observación.

—¿Vigilar qué? —preguntó con su particular acento de *spanenglish*.

—La puerta de un almacén y hay que hacerlo muy disimuladamente.

—¿No hay que perseguir a nadie?

—No.

—¿Tampoco hay que jeringar a nadie?

—No. Si llevas armas será para tu propia defensa por si te ataca algún delincuente de los que pululan por la noche de Manhattan. Sólo necesito a un hombre que vigile.

—¿De veras sólo tengo que vigilar la puerta de un almacén durante la noche?

—Así es.

—¿Y si ocurre algo feo?

—Me llamas al teléfono que te daré.

—¿Sin intervenir? Me refiero a sin liarme a tiros.
—Exactamente, sin liarte a tiros.
—¿Y qué harás tú, si la cosa se pone fea?
—Llamar a la policía.
—¿A la policía, seguro?
—Sí.
—Entonces, ¿es un asunto legal?
—Sí. Si ocurre algo feo, será la policía quien lo resuelva. Yo busco un par de ojos vigilantes para que me avisen de un posible robo.
—La cosa parece sencilla, pero ¿qué es lo que pueden robar?
—Una escultura.
—¿Una escultura, es de brillantes?
—No, es de piedra y pesa más de veinte toneladas.
«Armadillo» silbó, admirativo.
—Un regalito muy pesado, hará falta un camión.
—Así es, hace falta un camión para que se la lleve. Ya está colocada sobre una plataforma, bien sujeta, pero si alguien trata de llevársela, debes avisarme, yo llamaré a la policía. Tú te pones a distancia y cerca de un teléfono.
—No hay problema, tengo teléfono en mi carro.
—Magnífico, así se facilitarán las cosas. Llévate unos buenos prismáticos para vigilar a distancia y no comprometerte.
Cuando aparezca la policía, te largas, yo seré quien les avise y dé la cara.
—Parece un trabajo fácil.
—Lo será, es como hacer de vigilante nocturno durante dos o tres noches, no sé con exactitud.
—¿Y cuánto pagas?
—¿Cuál es la tarifa?
—Mil pavos por noche.
—Demasiado, este asunto lo pago de mi bolsillo y soy un funcionario.
—¿No has dicho que no eres de la bofia?
—No soy un polizante como dirías tú, pero trabajo como funcionario y pago mis impuestos. No tengo mucha pasta, amigo. Quinientos o me busco a otro.
—Un momento, antes de que nos acordemos de nuestras respectivas madres...
—¿Qué?
—¿Por qué has elegido a «Armadillo», es decir, a mí?
—Porque eres *spanish*.
—¿Y qué tiene que ver eso?
—Es posible que quienes se acerquen al almacén sean también *spanish*.

—Ya te veo venir, tú quieres que traicione a los míos, ¿eh?

—No, no se trata de traiciones, lo más seguro es que haya tipos caucásicos y *spanish*, la raza no tiene importancia. Sólo quiero que me llames si pretenden llevarse la escultura, ya sabes, quinientos pavos por noche.

—De acuerdo, de acuerdo, acepto el encargo. Siempre tengo que andar siguiendo a mujeres empeñadas en ponerles cuernos a sus respectivos maridos y esto puede ser más divertido, vigilar que no roben una escultura de más de veinte toneladas. Aunque fume «hierba» y me duerma, no van a pasar desapercibidos si pesa tanto.

Dynamo D. Damunt sacó su talonario de cheques y con su propia pluma extendió un talón por mil dólares. Lo firmó y se lo entregó. El detective privado portorriqueño lo examinó con recelo, pinzándolo entre sus dedos como si fuera a contaminarle.

—Prefiero mil pavos en billetitos, en pasta gansa.

—Lo siento, mi cheque es bueno y el asunto que te encargo es limpio, sólo una vigilancia. Te pago por dos noches y si no haces el trabajo, daré un telefonazo a quien se va a ocupar de ti.

—¿Es una amenaza? —preguntó «Armadillo», desafiante.

—Si me robas, tómallo como una amenaza. Ya te he dicho que tengo un cargo público y sé a qué teléfonos llamar. Lo que tú vas a hacer es completamente legal, pero si me robas te aplasto como a una chinche.

—Está bien, está bien, no nos enfademos. ¿Cuál es el sitio que hay que vigilar?

CAPITULO VII

Dynamo D. Damunt daba vueltas y más vueltas al acertijo que le propusiera Coller y que aún no había conseguido descifrar.

Estaba muy preocupado, convencido de que se cocía algo grande. Se habían producido varias muertes y él no había logrado averiguar nada.

Ignoraba lo que hacía la policía en Santa María de Nueva Costa y también ignoraba las gestiones que podía haber hecho la policía de Manhattan para descubrir la identidad del o de los asesinos de Coller.

Era demasiada sangre en torno a una escultura, por valiosa que ésta fuera. Aún tendría su lógica si fueran brillantes, rubíes o esmeraldas que podían ocultarse en un bolsillo o tragándoselas y esperando luego a defecarlas en un orinal para pasarlas desapercibidas.

Pasó por el Ayuntamiento de Albany y allí se entrevistó con su inmediato superior. Este le dijo que se preocupaba demasiado, que todo estaba bien y que morir en Manhattan no era nada raro, no había por qué relacionar la muerte de Coller con la colocación de la escultura de Ceballos en Albany.

Damunt no había quejido explicar que fue él quien descubrió a Coller muerto, entre otras cosas porque no podía aportar datos a la investigación.

Se sentía molesto, nervioso y tenso y decidió que lo mejor era visitar a Vivian para que relajara su tensión.

Pensó también en Jennie y en Charín y se dijo que eran distintas a Vivian. No podía decir que amara a aquella mujer, pero tenía que admitir que era una masajista excepcional y sabía dejarlo relajado como nadie, prescindiendo o no de la última parte del servicio que ella le ofrecía con mucho amor y solicitud.

—Dynamo, si sigues tenso y crispando tanto tus músculos, los vas a partir o cuando menos, te vas a llenar de dolores innecesarios.

Se escucharon unos golpes que sobresaltaron a Vivian, que miró hacia una puerta. Dynamo seguía tendido boca abajo en la litera de masajes.

Cuando llegó cerca de la puerta, Vivian se encontró con tres hombres encapuchados con medias de mujer, desfigurando así sus respectivas fisonomías.

Dos de ellos empuñaban pistolas y uno de ellos llevaba su arma equipada con silenciador. Aquella pistola humeaba ligeramente, con ella había reventado la cerradura y abierto la puerta.

Se habían escuchado unos golpes secos y fuertes que podían

pasar por los llevados a cabo por cualquier profesional fontanero, carpintero o albañil.

—Si das un grito, te pongo un plomazo en ese ombligo tan lindo que tienes —amenazó el individuo que aún no había empleado su pistola.

Vivian ahogó su voz. Sintió miedo y quiso retroceder corriendo pero la cogieron por un brazo, zarandeándola.

Cuando Dynamo alzó la cabeza, pues se hallaba boca abajo, se encontró encañonado por las armas.

—Tú eres Damunt, ¿verdad? —preguntó uno de los encapuchados.

—Vivian, ¿esperabas visita a estas horas? —preguntó Damunt tratando de ser sarcástico.

—Han reventado la puerta —se lamentó la mujer.

El que no llevaba arma cogió las manos de Dynamo y las pasó por debajo de la litera camilla, atándoselas entre sí y también le ató los pies con cuerda de nylon.

—¿Qué van a hacer? —inquirió Vivian angustiada, temiendo lo peor. Podían asesinar fríamente a Dynamo que estaba desnudo, con una toalla cubriendo sus nalgas mientras, quedaba atado sobre la litera.

—Te dijimos que no te metieras en lo que no te importaba —silabeó el sujeto que no llevaba pistola.

Los otros dos permanecían en silencio, con las cabezas cubiertas en todo momento con las medias que les hacían irreconocibles.

—¿Quiénes sois? —preguntó Dynamo sin demostrar temor hacia ellos.

—Te hubiéramos dado un buen regalo por buen chico, pero te has querido comportar como un idiota y los idiotas, pagan.

—¿Qué es lo que estáis robando?

Los tres se rieron levemente tras las medias con las que ocultaban sus rostros.

—¿Qué es lo que quieren, Dynamo, qué es lo que quieren? —preguntó Vivian angustiada. Fue empujada violentamente hasta caer al suelo y luego encañonado con el arma provista de silenciador.

El que no llevaba armas, señalando al tipo que la encañonaba, advirtió:

—Si gritas, éste te va a enviar a la morgue y eres demasiado joven y bonita para morir.

—Más tarde o más temprano, el robo se descubrirá —advirtió Dynamo.

—Peor para ti, lo que te vamos a hacer sólo será un aviso. En la próxima ocasión, será peor, no vas a poder contarlo.

—¿Como Collier, el reportero?

—No hagas preguntas, no vamos a responderlas.

El que teñir, las manos libres cogió una de las toallas. Se acercó al lavamanos y abrió el grifo del agua fría. Empapó la toalla hasta hacerla chorrear y comenzó a escurrirla retorciéndola. Mojada en esta forma, improvisó una maligna porra torturadora.

—No vais a ganar nada golpeándome —les dijo Dynamo D. Damunt sin demostrarles miedo, afrontándolo con tranquilidad.

—Tú puedes opinar lo que quieras, pero nosotros sabemos bien lo que hacemos. Te lo has buscado por idiota.

La toalla mojada y retorcida, convertida en porra, cayó duramente sobre las espaldas desnudas de Dynamo. La espalda quedó mojada y se produjo una especie de chasquido.

Dynamo notó un dolor profundo. Siguieron más y más golpes y tuvo la impresión de que sus órganos, sus vísceras, reventaban dentro de su cuerpo.

Continuó siendo golpeado hasta perder el sentido. Lo último que pudo oír fue la voz de Vivian mascullando en su impotencia.

—¡Canallas, asesinos!

Dynamo D. Damunt no recordaría jamás haber recibido una paliza semejante, una tortura con la toalla mojada capaz de matar a un hombre que hubiera sido ligeramente más débil que él; sin embargo aquellos tipos, en especial el que le golpeaba una y otra vez hasta sumirle en la negrura de la inconsciencia, sabía golpear al máximo sin llegar a matar. En aquellos momentos, no convenía la muerte de Dynamo D. Damunt.

CAPITULO VIII

Cuando despertó, con los ojos aún cerrados, tuvo la impresión de que se hallaba de espaldas contra una pared de hormigón, entre dos vías, y que frente a él, lenta pero inexorablemente, se acercaba una locomotora.

Quería escapar y no lo conseguía, era como si le hubieran pegado la espalda a la pared con una cola terriblemente efectiva. La locomotora llegó a su altura y no se detenía...

Comenzó a aplastarle contra la pared de hormigón. Quiso gritar para que se detuviera, pero la voz no salía de su garganta. Notaba que dentro de él las vísceras se aplastaban y estallaban.

Al fin, un grito gutural escapó de su garganta y abrió los ojos.

—Tranquilo —le pidió un hombre que le estaba mirando a través de unos cristales montados al aire. Debían ser gafas de cristal alemán por lo mucho que reflejaban la luz.

Dynamo sudaba copiosamente, cubierto en parte por una sábana.

Aquel hombre le presionaba con sus manos todo el cuerpo. Llevaba consigo dos maletines y un electrocardiograma portátil.

—¿Esto es un hospital?

—No, Dynamo, es mi casa —le respondió Vivian, secándole la frente con una toalla.

—En principio, parece estar bien, no hay ninguna costilla rota y el corazón late perfectamente. Conviene que orine a ver si saca sangre; no obstante, tendría que hacerse un chequeo completo.

—Ya me lo haré.

—Magnífico, Vivian le dará la dirección.

—¿De veras está bien, «doc»? —preguntó la mujer, muy interesada.

—En principio, sí, pero no conviene que se levante de la cama en una semana. Una ambulancia puede pasar a recogerle para hacerle un chequeo.

—Ya me pasará la cuenta, doctor —dijo Dynamo.

—No se preocupe, no me descuidaré de ese detalle.

Vivian cerró la puerta con el cerrojo opcional. La llave no servía, aunque ya había requerido por teléfono la presencia de un cerrajero.

—¿Quién es ese tipo? —quiso saber Dynamo.

—Un médico discreto.

—¿Tiene licencia?

—Sí, pero hace trabajos que otros no quieren hacer y no dirá nada.

—Si estaba mal, ¿por qué no me has hecho llevar a un centro médico?

—Porque esos odiados tipos, esos asesinos, me han dicho que si te llevaba a un centro médico y esto se hacía público, vendrían a por mí y me desfigurarían la cara con ácido. —Se echó a llorar, materialmente encima de él—. Lo. siento, lo siento, tengo miedo, soy cobarde.

Dynamo levantó un brazo y entonces se dio cuenta del esfuerzo que significaba ese gesto. Recordó a la locomotora de su pesadilla y tuvo la impresión de que había sido aplastado. Acarició los cabellos de Vivian.

—No temas, no voy a acudir a la policía, de poco serviría ahora.

—¿Son de la mafia?

—¿Y yo qué sé? El planeta está lleno de mafias, las hay de todos los colores. Siempre es lo mismo, unos quieren comerse el pastel y los que tratan de impedirlo reciben los palos. Eso de que la mafia sólo está en la droga y en la prostitución es un cuento para asustar a los niños y a los tontos. Se roba a todos los niveles y el débil siempre resulta aplastado y ahora veamos qué es lo que puedo hacer con mi cuerpo.

—Nada.

—¿Seguro que nada?

—Nada, Dynamo. Te han inyectado un sedante para que duermas.

—No fastidies...

—Será lo mejor para ti, te repondrás mucho mejor.

—Sí, pero me va a pillar otra vez la locomotora.

—¿Qué locomotora?

—Mira, déjame dormir, ya te lo contaré en otro momento. Ah, llama a mi apartamento y si oyes una voz de chica, dile que estoy aquí...

—¿Qué chica?

Dynamo había vuelto a cerrar los ojos y respondió como si estuviera borracho. Vivian no logró entender lo que él decía y le dejó dormir. Soportaría mejor los dolores, la paliza podía dejarle secuelas malignas.

* * *

—No voy a beber más, pequeña.

—¿Ah, no? —preguntó la portorriqueña del club a «Armadillo», que acababa de chasquear la lengua al consumir la totalidad del contenido de su vaso.

—¿Tienes trabajo?

—Sí, un trabajo bueno, algo importante. Cualquiera día de éstos me contratan para un Watergate.

—A lo mejor será para un *water closet*, amor.

—Pequeñuela, no te pases. Algún día tendré un caso importante, lo resolveré yo solito y saldré en primera plana del *Washington Post*.

—¿De verdad vas a ser famoso, «Armadillo»?

—No lo dudes, pequeñuela, no lo dudes, lo que pasa es que hasta ahora no he tenido suerte. Soy un tipo que vale y al final se verá.

—¿Y el caso que tienes es importante?

—Seguro que sí, pero no vas a esperar que te lo cuente, ¿verdad?

—No, claro que no, para eso eres detective privado.

—Adiós, pequeñuela.

—¿Vas a trabajar toda la noche?

—Sí, por la mañana nos vemos. Suerte.

—A ti, «Armadillo».

«Armadillo» subió a su automóvil, del que a duras penas conseguía pagar los plazos de compra, y partió hacia su destino.

Las farolas se encendían en Manhattan y una bruma densa semejaba descender por el norte del Hudson River. Era como si desde Harlem les enviaran aquel denso smog que olía muy mal. Los remolcadores arrastraban las barcas basureras.

«Armadillo» conocía bastante bien la ruta. Ahora era un detective independiente que en ocasiones, más de las que pudiera parecer, trabajaba para otros detectives privados haciendo investigaciones rutinarias.

Había pasado años como ayudante de detective hasta independizarse. Los años comenzaban a pesarle y se daba cuenta de que en la vida no llegaría a ninguna parte, es decir, llegaría a la morgue muerto a cuchilladas o a balazos en las inhóspitas noches de Manhattan.

Trabajaba, pero lo único que había conseguido era comprarse aquel coche a plazos y ponerle teléfono, un teléfono que apenas podía mantener.

El coche y su insaciable sed de alcohol eran toda su fortuna, ya que vivía en lo que llamaban un *play apartamento* un apartamento de juguete que no pasaría de los doce metros cuadrados, incluyendo el aseo con la ducha.

En realidad, era una habitación con aseo pero su propietario, para mejor ponerlo en alquiler, lo llamaba apartamento. De esta forma podía cobrar los trescientos dólares mensuales por aquel cuchitril con derecho a dejar bolsa de basura, pago de gasto de

electricidad del edificio y los impuestos correspondientes.

Detuvo su automóvil, estacionándolo a cierta distancia del almacén para tratar de pasar inadvertido y se proveyó de sus binoculares. Consideró que tenía suerte al ver que el farol aplique que había sobre la puerta del gran almacén portuario funcionaba perfectamente.

Optó por apagar todas las luces de su coche y acomodarse de tal forma que no fuera visible desde el exterior. Temía más a las fieras del asfalto que a ser descubierto por los que podían entrar en el almacén y perder el caso. La noche de Manhattan era demasiado peligrosa.

Sacó su botella y tomó un par de tragos.

Pensó que aquel dinero iba a ser ganado con mucha facilidad, sin problemas. No tenía que gastar zapatos haciendo preguntas de casa en casa, de bar en bar.

No se jugaba nada, sólo tenía que abrir los ojos y si ocurría algo, llamar al teléfono que le habían dado.

Pasaron las horas, con monotonía y aburrimiento. Conectó el auricular de la cassette que llevaba incorporada en su coche y lo puso en marcha para animarse con música de Bob Marley.

De cuando en cuando, tomaba un trago de su botella de petaca. No tuvo tiempo de darse cuenta de que había bebido demasiado.

Se amodorró y se hubiera dormido hasta la amanecida de no ser despertado por el fuerte ruido del motor de un camión maniobrando no muy lejos de donde él estaba.

Parpadeó, sentía calor en el estómago y en las orejas; en cambio, tenía los pies fríos.

Se fijó en el gran camión y pudo tomar la matrícula.

Observó que arrastraba un gran remolque sobre el cual iba algo que él no llegaba a comprender, era la escultura de Ceballos.

—Qué raro, tienen miedo de que la roben y lo que hacen es traerla. No lo entiendo —se dijo con voz estropajosa. Descolgó el teléfono que tenía dentro de su propio coche y llamó por él.

La llamada insistió y al fin salió una voz femenina.

—¿Aló?

—¿Dynamo?

—¿Quién le llama?

—Un amigo. Rápido, le conviene.

—¿Y dónde está Dynamo? —le preguntó la mujer con notable acento hispano.

—Pero, ¿qué diablos dices, pequeñuela? Soy yo quien pregunta por Dynamo.

—Dynamo no está, yo también le busco.

—¿No es ése su apartamento?

—Sí, pero no ha llegado.

—Está bien, dile que le ha llamado «Armadillo». Ha llegado un camión grande muy cargado.

—¿Un camión cargado de qué?

—De lo que él teme que le roben, pero no se lo roban, tengo la impresión de que lo traen ahora mismo. Voy a dar un vistazo más de cerca, luego volveré a llamarle.

—Oiga, oiga...

La insistencia de Charín no sirvió de nada; «Armadillo» acababa de colgar su teléfono móvil.

Abrió el coche con sigilo y lo abandonó pegándose a otros automóviles para acercarse a la puerta del almacén. Aunque fuera a distancia, con los binoculares escrutaría su interior.

Lo que estaba sucediendo le intrigaba, pese a no saber exactamente qué era. ¿Quién podía desear robar una escultura tan grande y pesada?

Había conseguido colocarse entre dos automóviles estacionados en la acera opuesta al almacén. Se acuclilló y con los prismáticos trató de escrutar el interior del almacén donde maniobraba el camión de gran tonelaje.

Cuando notó una cosa dura en la nuca, bajó despacio los binoculares.

—Si haces una tontería, te mato —silabeó una voz con mucha claridad cerca de su oreja, en tono bajo pero muy firme y amenazador.

Trató de sonreír y se excusó.

—Curioseaba.

—¿El qué?

—Nada, me aburría. Me cuesta dormir.

—Haciéndote el idiota, ¿eh? —Le cacheó, quitándole una navaja automática y una Browning de cañón corto—. ¿Esto es para curiosear?

—Salir de noche por aquí es peligroso.

—Eso es cierto, debiste pensarlo antes. Inclínate contra el capó del coche, los brazos abiertos y las manos planas.

«Armadillo» obedeció mientras pensaba que aquélla no era su noche de suerte. Había hecho mal en no leer su horóscopo. Le quitaron la documentación.

—Conque detective privado, ¿eh?

—Sí, pero... —No sabía qué decir para escapar.

—¿Quién te ha contratado?

—¿Para qué?

—Responde o te mato —silabeó, impacientándose.

—Bueno, bueno, no es para ponerse así, me han pagado cuatro pavos por nada.

—¿Quién te ha contratado?

—Tengo que avisar a un tal Dynamo, palabra que no sé quién es. Me paga una miseria por vigilar la puerta del almacén.

—Conque Dynamo, ¿eh?

—Sí, ¿le conoce?

La respuesta fue un culatazo en la nuca.

Cuando «Armadillo» volvió a abrir los ojos, tuvo la impresión de que el suelo temblaba y de que se hallaba en medio de un terremoto. Unos focos le cegaron.

—¡Agggggg!

El camión siguió adelante con su pesada mole rodante. Los amplios neumáticos de gruesos tacos pasaron por encima de la cabeza de «Armadillo», que quedó materialmente triturado contra el asfalto que se tiñó de rojo.

Aquél había sido el fin de un detective privado de Manhattan, un detective hispano sin suerte, una muerte por la que muy pocos iban a preocuparse, posiblemente nadie.

CAPITULO IX

Dynamo D. Damunt despertó más tranquilo, pero sólo moverse representaba una tortura. Había una lucecita pequeña encendida en la habitación que no le molestaba.

Como si hubieran captado que acababa de despertarse, tres mujeres irrumpieron en la habitación. Al reconocerlas, Dynamo sonrió.

—¿Ya he muerto? —preguntó.

—No digas tonterías —le dijo Vivian.

—Es que como estoy rodeado de ángeles, aunque, la verdad, no sois ángeles asexuados.

—¿Cómo te encuentras, amorcito? —le preguntó Charín, besándole.

—Eh, que las demás también estamos aquí —protestó Jennie. Luego, muy intencionadamente, añadió—: Tu amiga masajista ha dicho que no quieres ir a una clínica.

—Iré, pero en otro momento.

—¿Qué es lo que te ha sucedido en realidad?

—Tuve un tropezón —respondió Dynamo a Charín.

—¿Un tropezón? —insistió, incrédula.

—Sí, contra tres individuos que iban armados.

—Hay que denunciarlo a la policía —exigió Jennie.

—Será mejor que no aviséis a la policía, esto pasará —dijo Dynamo. Encarándose con Vivian, le preguntó—: ¿Y la puerta?

—La han cambiado.

—Anótalo en mi cuenta.

—No te preocupes, Dynamo, eso va por cuenta de la casa.

—Tienes una amiga fenómeno, ya me parecía que ibas muy relajado —le objetó mordiente la periodista norteamericana.

Charín manifestó:

—Mañana es la inauguración de la escultura de Ceballos.

—¿Mañana?

—Sí, mañana —le confirmó Jennie.

—Diablos... ¿Cuánto tiempo he pasado durmiendo?

—Durmiendo, no, exactamente —le corrigió Vivian—. Estás reponiéndote. El «doc» ha pasado tres veces a verte. Ha sacado análisis de orina y dice que no tienes los riñones ni el hígado reventados, que tienes una paliza de Cristo pero que en un mes estarás como nuevo.

—¿Un mes?

—Sí, un mes.

—Al diablo el «doc».

Se quitó de encima la ropa de la cama y saltó de ella. Se puso en

pie y, de pronto, las piernas le flaquearon. Las rodillas se le doblaron y las tres mujeres salieron en su ayuda.

—¡Mamma! —exclamó en italiano—. Qué malito estoy, parece que esté en un barco antiguo con mar arbolada. ¿Me lleváis a la ducha, amorcitos? Algún día os lo pagaré, si no me han afectado lo que las tres conocéis...

Las chicas sonrieron y le acompañaron a la ducha.

Una hora más tarde, lo tenían bien acomodado en una butaca frente a un fuerte desayuno en el que destacaba el olor a café, un café hecho por Charín y no por las norteamericanas, que estaban muy lejos de saber hacer un café como aquél.

Dynamo se lo comió todo casi con voracidad. Se tocó el estómago y se dijo:

—Menos mal que no me duele.

—El «doc» dice que lo más delicado ahora son los riñones. Te los podían haber reventado o, cuando menos, descolgado —le explicó Vivian.

—Bien, bien, beberé agua mineral.

—Parece como si hubieras perdido tres o cuatro kilos —le observó Vivian.

—Bueno, eso no es malo, ya me pondré en línea, habré perdido muchas toxinas.

—Sí, sudando. El «doc» ha preferido mantenerte sedado pero no estarás fuerte hasta que pasen unos días; y completamente bien, hasta dentro de un mes.

—Vivian, eres un ángel. —Luego, miró a las otras dos chicas y añadió—: Y vosotras también.

—Han estado llamando mucho a tu apartamento —le explicó Charín que era quien tenía la llave del mismo.

—¿Quién?

—Gente del Ayuntamiento de Albany.

—¿Y qué les has dicho?

—Que estabas de viaje, visitando a un familiar enfermo.

—Menos mal que no has dicho a mi suegra.

—¿Por qué no a tu suegra? —le preguntó Vivian.

—Porque soy soltero y lo saben. En fin, ¿qué más puedes decirme, Charín, tú que has controlado mi teléfono?

—Ah, sí, llamó un hombre, un hispano.

—¿Un hispano?

—Sí, seguro que lo era.

—¿Por la noche?

—Sí, de madrugada.

—¿Y qué te dijo?

—Que había llegado un gran camión. Que no lo entendía, que allí

no se llevaban nada sino que traían.

—¿Qué más te dijo?

—Nada más, dijo que te hablaría a ti.

—¿Y no ha vuelto a llamar?

—No.

—¿Seguro?

—Sí, seguro que no ha vuelto a llamar.

—Qué raro. Vivian...

—¿Sí?

—¿Puedes buscarme el teléfono del club El Perico?

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Bueno.

Vivian se alejó en busca de las guías telefónicas. Estuvo fuera un buen rato hasta que reapareció diciendo:

—Ya lo tengo.

—Marca el número y pásame el auricular.

Poco después, respondía el mozo que atendía el mostrador del club El Perico.

—¿Quién llama?

—Oiga, soy el tipo que contrató al detective «Armadillo». ¿Se acuerda de mí?

—Claro que me acuerdo de ti, gringo —respondió, casi mordiendo las palabras—. Si te acercas por este club, ya puedes darte por muerto.

—¿Cómo?

—Sí, te están esperando, te van a matar a cuchilladas o a cadenas, no sé lo que escogerán los muchachos.

—Hombre, sólo faltaba eso. ¿Por qué esa animosidad contra mí?

—Lo encontraron en el asfalto con la cabeza aplastada por un camión de gran tonelaje. Si no llega a ser por las huellas dactilares, no lo reconoce ni Dios. La «poli» dice que ha sido un accidente de circulación y que el asesino se ha dado a la fuga, pero aquí todos sabemos que tú andas metido en el bollo y que te ajustarán las cuentas en cuanto te vean.

—Puedes estar seguro de que yo no he sido. A mí me han dado una paliza de muerte y aún no me tengo en pie.

—Será difícil, muy difícil que logres convencer a los muchachos. Mejor no te acerques por aquí. Ah, y envíame quinientos pavos por no haber pedido que vinieras para que te encontraran los chicos. A mí me llaman «Aguacate» porque tengo uno pero más gordo que nadie. Ya lo sabes, mete los quinientos en un sobre y déjalo en la puerta. Me debes la vida. No lo olvides, quinientos pavos para «Aguacate» o, de lo contrario, en la próxima ocasión

hago que te metas en una trampa de la que no vas a salir vivo.

Tras aquellas palabras expeditivas, el mozo del club El Perico colgó. Dynamo se quedó mirando el teléfono y luego gruñó:

—A dos hombres que les he pedido que me ayuden, a los dos los han matado. Ha de ser muy gordo ese robo, muy gordo, quizás sí sea el robo del siglo como dijo el tipo que se ocultaba tras la máscara de brujo.

CAPITULO X

Claus Josephson sonreía plácidamente mientras el alcalde de Albany se abrazaba con el alcalde de Santa María de Nueva Costa.

En el centro de la plaza de refinada jardinería, la escultura de Ceballos seguía cubierta con una gran lona y había autoridades de los dos países que allí se hermanaban en una ceremonia que en el fondo no buscaba más que la promoción publicitaria de ambas ciudades y de los protagonistas de las respectivas alcaldías.

Era evidente que los que más salían ganando en aquella ceremonia eran las autoridades de Santa María de Nueva Costa y los hombres de Albany cedían porque les interesaba dejar patente ante todo el mundo que los norteamericanos ayudaban a los países hispanoamericanos, que sus relaciones culturales se estrechaban y que no sólo se trataba de asuntos económicos o militares.

Y allí, presidiéndolo todo, estaba la gigantesca escultura de Ceballos, el desaparecido escultor, cubierta por una gran lona de color verde.

A Dynamo D. Damunt, cada vez que le daban una palmada en la espalda, se le crispaba el rostro de dolor, pero sonreía inmediatamente y no decía nada.

El era quien había llevado adelante la organización de la ceremonia de hermandad entre las dos ciudades que todos aplaudían, pues parecía marchar perfectamente.

Una banda de música de Nueva Costa, al lado de la banda de los bomberos de Albany, interpretaba diversos himnos. Todo estaba muy bien y las fotos se sucedían.

La televisión chupaba imagen que luego saldría en varias cadenas. A los departamentos de estado y de asuntos exteriores les interesaba promocionar aquella ceremonia que, aparentemente, no tenía complicaciones y sí recolectaba sonrisas, abrazos y estrechones de manos. La policía se había ocupado de que por los alrededores no se concentraran grupos de manifestantes.

Damunt no se sentía satisfecho pero seguía adelante. Se había hecho a un lado, él estaba muy lejos de ser el protagonista en aquella ceremonia.

Pudo ver a Sueiro y a López y le pareció ver la figura, de paisano, del coronel Heinz, pero no estuvo muy seguro, sus ojos podían engañarle.

Aquello le pareció a Dynamo una fanfarria orquestada por manos oscuras y en la que se ocultaba algo, algo gordo que no acababa de comprender.

Los asesinos se habían movido criminalmente para asegurarse de que la ceremonia se llevara a cabo; había algo más, pero ¿qué?

De pronto, una máquina de fotografiar se puso ante su rostro. Sonó el «clic».

Charín apareció tras la cámara, sonriente.

—Sonríe, hombre, sonríe, así estarás más guapo.

—No tengo ganas.

—¿Por qué? Todo funciona bien.

—¿Nos vamos?

—La ceremonia no ha concluido aún.

En aquellos momentos llegó un helicóptero que se fue acercando a la perpendicular de la gran escultura cubierta por una lona verde circular.

Del centro, hacia lo alto, brotó un globo naranja al que iba colgada una cuerda de nylon. Los del helicóptero atraparon el globo y el aparato adquirió más altura, elevándose tras la cuerda de nylon la lona que había ocultado la escultura de Ceballos que quedó al descubierto bajo el sol tibio de Albany, capital del estado de New York.

Arreciaron los aplausos. Dynamo trató de llevarse a Charín, pero ésta objetó:

—Ahora no puedo irme, tengo que sacar material gráfico de esta ceremonia. Si no lo hago bien, a la próxima no van a darme el visado de salida al extranjero.

—Está bien, llámame a mi apartamento.

—¿No nos veremos en el restaurante?

—No. Haz tus fotografías, luego me gustará verlas, pero a mí esa comida me haría daño, ha habido demasiada sangre en este asunto.

—¿Me llevas contigo? —preguntó Jennie cuando él ya se alejaba del cinturón de curiosos.

—Hola, querida. ¿Y tu coche?

—En el taller. Tengo la impresión de que en el parking del edificio donde vivo han cambiado las columnas de sitio. Como comprenderás, no soy culpable de haberle hecho alguna abolladura al coche.

—¿Y qué decía la compañía de seguros?

—Que no es posible que una columna que sostiene un edificio se mueva de sitio.

—¿Y qué has alegado tú?

—Que tienen muy poca fe, harían mejor en creer a ciegas lo que les contamos los asegurados. —Se echó a reír.

Prefirió relajarse haciendo las millas que separaban Albany de Manhattan por la autopista.

Jennie no decía nada, fumaba y de vez en cuando echaba miradas a las notas de su bloc. Era una profesional.

Al fin, aterrizaron en un parking privado junto a un restaurante irlandés muy íntimo. En él se podían ver algunos uniformes de la policía.

Jennie preguntó:

—¿Qué es lo que más te gusta de este restaurante?

—El sabor fuerte y jugoso del cordero irlandés.

—¿Qué tal te sienta la comida?

—Bien, bien, voy recuperando fuerzas.

—No has debido acudir a la ceremonia. Tendrías que guardar cama durante un mes por lo menos.

—Después de comer, iré a un hotelito que hay aquí cerca sin tener que coger el coche que me esperará en el parking.

—¿Un hotelito, para hacer la siesta?

—Sí. Sería demasiado conducir de nuevo hasta Albany después de almorzar, debo hacer algo de reposo.

—¿Por qué no les has contado a tus jefes lo que te pasa?

—No. He sido yo quien se ha metido en el problema y he de aguantarme con las secuelas de la paliza.

—¿Puedo acompañarte?

—¿Al hotelito?

—Claro.

El hotelito era pequeño, recoleto y muy confortable, con precios altos que evitaban su degradación. Era un lugar íntimo que no se utilizaba durante muchos días debido a lo elevado de sus precios, pero sí era magnífico para una noche, un día o un fin de semana completo en Manhattan.

La ventana daba a una calle bulliciosa llena de comercios, pero un doble cristal evitaba que los ruidos les molestaran y un filtrado perfecto del aire les permitía respirar a placer.

—Jennie, necesito descansar.

—Si lo deseas, trataré de ser tan eficiente como tu amiga la masajista.

—No, no estoy para juegos de amor. Recibí la paliza más dura de mi vida y cuesta reponerse de ella, pero te prometo que me la pagarán.

—¿Crees que podrás contra ellos?

—Es evidente que son unos asesinos, no sé lo que están haciendo, pero terminaré por averiguarlo y pagarán, pagarán por las muertes y la traidora paliza que me dieron.

Añadió:

—Es evidente que están bien organizados, que saben lo que quieren y lo que buscan, pero también sé que no estoy solo.

- ¿Que no estás solo, qué quieres decir?
- Hay gente que también desea impedir el robo.
- Pero, ¿qué robo?
- No lo es, esto es lo más oscuro de todo. La escultura ha sido colocada en su lugar y nadie parece desear robarla.
- ¿Y quiénes son los que tratan de impedir el robo?
- Lo ignoro. En varias ocasiones han tratado de comunicarse conmigo, incluso han llegado a creer que yo participaba en el golpe que un determinado grupo está llevando a cabo y la verdad es que yo no sé nada.
- ¿De qué grupo se trata, exactamente?
- No lo sé bien, creo que Sueiro y el coronel Heinz se han conchabado. Ellos dos, con algunos cómplices o secuaces, están haciendo algo y no sé de qué se trata.
- Dicen que la policía guarda cientos de dossiers cerrados que jamás se conseguirán aclarar. Posiblemente, lo que pase en Nueva Costa jamás lo puedas desvelar, entre otras cosas porque es un asunto que afecta a otro país al que no perteneces y al que quizás no vuelvas nunca.
- Tengo la impresión de que si regresara a Nueva Costa, no encontraría nada nuevo allá. Creo que el meollo de todo está aquí.
- ¿En Albany?
- No, me inclino a pensar que en el propio Manhattan.
- ¿Manhattan, por qué?
- Llámalo intuición.
- ¿No habrás leído demasiadas novelas de Chester Himes (1) últimamente? —se burló Jennie.

(1) Famoso escritor norteamericano de novelas policíacas cuya acción centra en Manhattan.

- Pareces olvidar que ha habido varias muertes.
- ¿La muerte del detective privado no pudo ser un accidente?
- Sus amigos no lo creen así.
- Eso no es ninguna prueba. Ve a la policía y pregunta.
- Quizás lo haga, pero por ese camino no sacaré mucha cosa. La policía de Manhattan tiene demasiado trabajo y un hombre muerto en la ciudad por accidente de circulación no parece un caso interesante.
- También está la muerte de Coller.
- La policía ya anda en ello, yo poco puedo aportar.
- ¿Y si consigues alguna pista más se la comunicarás a la policía?
- Naturalmente.

Dynamo D. Damunt se había tumbado en la cama boca arriba. Jennie le encendió un cigarrillo, se quitó el jersey y le pidió:

—No hace frío aquí dentro, suéltame el sujetador.

Dynamo alargó su mano y liberó el hermoso busto de la periodista norteamericana. Ella se tumbó en la cama y le besó en la oreja.

—¿Por qué no lo olvidas todo, amor? Te juegas que en la próxima paliza te maten.

—No me había ocurrido antes nada similar. No soy detective, ni oficial ni privado; he tenido mis enfrentamientos con los buscabullas del asfalto y los clubs de noche, como todo el que vive aquí, pero nunca me he visto mezclado en un lío de envergadura, algo donde se mata de una forma oscura.

—¿Y crees que todo este asunto lo llevan los tipos de Nueva Costa?

—No, creo que es un lío entre algunos de ellos y otros de aquí, pero no lo veo claro aún, tengo que meditar.

—Meditar, meditar, eso te provocará jaqueca y no conseguirás nada. Los de Nueva Costa regresarán a su país y todo se acabó.

—Pero Josephson se queda aquí.

—¿Josephson?

—Sí, ¿te parece extraño?

—Es un tipo muy especial; pero, ¿por qué ha de ser culpable de algo?

—Josephson es un individuo con múltiples contactos y cuando se tienen contactos de altura, hay muchas posibilidades de meterse en negocios sucios que parecen limpios, negocios que nada tienen que ver con la prostitución y las tan traídas y llevadas drogas. Estas son repugnantes y ya existe una mafia organizada que se ocupa de ellas, pero hay muchísimos otros negocios por los cuales también se miente, se roba y se mata y que producen fabulosos dividendos.

—Pero tú, ¿qué es lo que realmente sospechas? —le preguntó Jennie jugando con su dedo en torno al cuello y al tórax masculino, buscando el vello para enroscarlo entre sus dedos.

—Estoy hecho un lío, pero llegaré al fondo del asunto.

—Lo que te sucede es que, como todos los hombres, quieres jugar a detective. Lo que debes hacer es contarle a la policía lo que sabes y olvidarte del asunto, lo tuyo es la política. Ahora sospechas hasta del mismísimo Josephson, un hombre particularmente encantador. ¿Cómo puede estar él involucrado en unas muertes tan horribles?

—Puede ser todo lo encantador que quieras, pero lleva un Rolls Royce.

—¿Y todos los que llevan un Rolls Royce son asesinos?

—No lo sé, lo que sí sé es que Josephson, hasta hace poco, no

tenía una economía tan fuerte como para mantener un Rolls Royce.

—Lo habrá comprado a plazos.

—Ni Josephson es de los que compran a plazos ni los Rolls suelen venderse de esta forma.

—Cualquiera pensaría que le tienes envidia por el coche que lleva.

—Por favor, Jennie, no tergiverses las cosas, tú no eres tonta. Josephson tenía mucho interés en esta ceremonia de hermanamiento y detrás del hermanamiento hay algo gordo que acabaré descubriendo y entonces todo quedará claro.

—Lo dudo, cariño, lo dudo. Si de veras se llevan algo gordo entre manos no van a dejar que se lo estropees. Por cierto, ¿cuál de las tres te gusta más?

—¿De qué tres?

—Vivian, Charín o yo.

—Anda, guapa, déjame dormir, estoy exhausto. Nunca supuse que una toalla mojada pudiera hacer tanto daño y, encima, el «doc» me dijo que había tenido suerte...

CAPITULO XI

Dynamo D. Damunt conducía lentamente su automóvil porque ya la luz roja del semáforo se había introducido en sus retinas, alertándole.

Por el retrovisor pudo ver que se le acercaba un patrullero. Se puso a su altura y le hizo gestos de que bajara el cristal de la portezuela; aquello le tranquilizó, pues de haberlo querido sancionar se hubieran comportado de otra forma.

—¿Qué sucede, agente?

—Su coche pierde líquido.

—¿Mi coche?

—Sí; estacionelo junto a la acera y revíselo, no vaya a ser gasolina y tenga problemas.

Obedeció la indicación de los agentes de policía. Detuvo el vehículo, levantó la tapa del motor y lo observó a la luz de una farola.

—La madre que lo parió... Se ha roto el circuito del agua.

Volvió a cerrar el coche y paró un taxi. Lo conducía un mulato con gestos de saberlo todo y también de «pasar» de todo.

—¿Qué, pinchazo?

—No, el agua que se escapa por un tubo, roto al parecer.

—Cuando el coche mea, mal asunto.

—¿Conoce algún taller que esté cerca?

—A estas horas, todos están cerrados. Será mejor que deje dormir a su coche y mañana que lo pasen a buscar. Métase en la cabeza el sitio donde ha quedado, a más de uno se le olvida y luego tiene problemas para volverlo a encontrar, claro está que entonces lo más fácil es denunciarlo a la policía como que te lo han robado porque si dices que llevas el despiste en la cocotera, maldito el caso que te hacen y te sueltan que te lo busques tú. Si denuncias que te lo han robado, te contestan que te pongas tranquilo y que vayas llamando al seguro, pero existe la posibilidad de que lo encuentren. Uno se pasa muchas horas dando vueltas por Manhattan.

—Dos, treinta y cuatro, doscientos veintidós.

—Ah, sí, conozco el lugar.

—¿Qué lugar?

—¿No acaba de decirme el doscientos veintidós de la calle treinta y cuatro? Supongo que el dos corresponderá a la segunda puerta.

Dynamo D. Damunt parpadeó, incrédulo.

—Sí, eso es.

—Es un mal sitio para andar solo, hay muchos almacenes.

El taxista mulato rodó en la dirección que Dynamo diera de forma inconsciente, pues tales números no hacían más que bombardear su cerebro.

—¿De qué son esos almacenes?

—Hay de todo, son almacenes grandes, alquilados. En uno venden coches de tercera o cuarta mano; por un puñado de dólares te llevas una chatarra que has de olvidar en medio de la ciudad a las pocas horas. Un primo mío se compró un autobús, un hermoso bus escolar, todo amarillo, a él le gusta el color amarillo, pero le dijeron que si no llevaba niños tendría que hacer algunas reformas y él lo quería amarillo para dar vueltas por Manhattan, ésa era su gran ilusión. El no pedía ir a Niágara a ver las cataratas ni a ese parque al que llaman Yellowstone que siempre sale por la «tele» con sus osos grandes y peludos como la suegra de mi hermano que es blanca. No, él quería pasear por Manhattan con su bus amarillo. Me contaba que le producía tanta satisfacción que se corría como si estuviera haciendo el amor. ¿Usted lo entiende?

—Quizás es que, de hiño, no le dejaron subir a un bus escolar de color amarillo.

El mulato soltó una carcajada al tiempo que hundía el freno hasta el tope para no atropellar a un grupo de personas que hacían footing en la noche neoyorkina.

—Por poco los mando a correr al cielo, vaya tíos. Esos no cogen taxi, pero gastan en zapatillas. ¡Hale, corre que te corre! Oiga, ¿usted es psicólogo? —Volvió a reír.

—No —gruñó Dynamo.

—Pues se lo diré a mi primo. Aunque no se lo crea, es un tipo fenómeno, se ríe como si estuviera viendo películas de risa de esas antiguas donde no hablan y salen unos letreritos que nadie lee, pero ¡qué tortazos, amigo, qué tortazos! Mi primo se ríe de todo y a veces se pone a cantar como un loco mientras conduce.

Dynamo D. Damunt tuvo la impresión de que el taxista iba a tener muchos problemas de tráfico. Gesticulaba de una forma histriónica, soltaba el volante y hablaba mirando hacia atrás. Y si él se burlaba de su primo, ¿qué extraño fenómeno sería el primo de marras?

—Ya estamos llegando.

—Pase despacio por delante de la dirección que le he dado, no se detenga.

—¿Ah, no? Oiga, no será un detective privado, ¿eh?

—¿Usted qué cree?

—Oiga, ¿lleva pistola?

—Como todo macho bien parido. No hable tanto y haga lo que le

digo, ponga el «libre».

—¿El «libre»? Si está usted dentro...

—No tenga miedo, ya le pagaré dos carreras.

—Oiga, si me estropean el «carro» me voy a poner nervioso y cuando yo me pongo nervioso, se lo digo en serio, me pongo muy nervioso...

—Sí, claro. Ande, cierre la boca y ponga los indicativos de «libre» mientras pasa por delante de la dirección que le he dado.

—Ya me daba la mosca a mí que me metía en una tomatera. Es que las noches de Manhattan son una cojonada. —Puso los indicativos de «libre» y preguntó—: Y si alguien quiere subir, ¿qué hago?

—No se detenga.

—Oiga, luego me dará una propina, ¿verdad? ¿O es de la mafia? Escondido dentro del coche, observó las puertas de los almacenes. En la calle había varios automóviles, estacionados y también camiones, pero nada anormal, nada que llamara la atención.

—¿Qué hago ahora?

—Dé la vuelta a la cuadra, despacito.

—Por favor, amigo, por favor, que los agujeros de bala no me los cubre la aseguradora.

—Dé la vuelta y cállese.

El taxista obedeció, dando la vuelta a la cuadra que resultó mucho mayor que otras, pues estaba en un área de almacenes de mayoristas.

—¿Y ahora qué?

—Dé otra vez la vuelta.

—¿Otra? Si el contador no marcha —protestó el taxista.

—Le pagaré lo mismo, tenga. —Le alargó unos dólares y el chófer asintió. Dynamo le pidió que frenara.

—Para.

—Después, le pagó la carrera y exigió:

—Ahora, lárgate si no quieres dormir en chirona esta noche.

—Ya me lo olía yo, un *G-man* —masculló, alejándose rápidamente.

Dynamo buscó una pared apta para trepar. No era fácil. Se daba cuenta de que iba a comportarse como un ladrón nocturno y que aquello podía acarrearle muchos problemas, pero optó por seguir adelante.

Se olvidó de todos sus dolores y trepó por una puerta de hierro hasta llegar al borde de un tejado bajo. Elevó sus pies, notando que todo dolía dentro de su cuerpo.

Respiró hondo y gateó, avanzando por encima de los tejados.

Saltó de un almacén a otro. De pronto, un perro que acababa de

descubrirle rompió a ladrar furiosamente. Dynamo prosiguió su avance cuando oyó ruidos. El perro continuaba ladrando sin conseguir alcanzarle porque se hallaba en una especie de patio.

—Eh, «Black», ¿qué has visto? —gruñó un vigilante nocturno mirando en derredor—. ¿Otro gato? Condenado «Black», ladras por todo.

Dynamo se había pegado al techo del almacén casi sin respirar y así permaneció durante varios minutos. Quedó satisfecho al ver alejarse al perro.

Al fin, llegó al techo del almacén que buscaba. Encontró una claraboya muy sucia a la que se pegó. Abajo había luz y descubrió a dos hombres de espaldas.

Buscó un mejor punto de observación y pudo ver un remolque de camión cargado.

Quedó perplejo.

La carga era la escultura de Ceballos, no cabía duda alguna, aquélla era la escultura que él viera desembarcar con sus propios ojos.

Tenía que alejarse de allí con mucho cuidado para no ser descubierto y, al mismo tiempo, no provocar una huida. Que no se llevaran a otra parte aquel remolque con la excepcional escultura.

Comenzó a retroceder.

Al toparse otra vez con el perro, le gruñó él como si estuviera dispuesto a atacarle. El animal de vigilancia comenzó a dar vueltas sobre sí mismo en círculo corto y tras emitir un par de ladridos, se alejó, desapareciendo.

Consiguió saltar de nuevo a la calle y rodeó el conjunto de almacenes.

Ahora sabía lo suficiente. Coller había descubierto aquel escondite y le había preparado un acertijo para hacerlo más divertido, un acertijo con unos números que no eran otra cosa que una dirección completa.

Vio aparecer un taxi con el «libre» y lo detuvo. Al saltar a su interior se encontró con el mulato.

—Oiga, hace rato que no nos vemos, ¿eh?

—Vamos al hotel Life.

—Oiga, ¿usted no podría hacer nada porque mi primo llevara su bus amarillo?

Charín pasó por la oficina de la Pan-Am para recoger su pasaje. Después, tomó un taxi y se reunió con Dynamo en el club que ya conocía.

Allí se encontró también a Jennie y sus labios dibujaron un mohín de disgusto que rápidamente disimuló.

—Os prometo que el gran reportaje será exclusivo para vosotras
—les dijo Dynamo que parecía contento.

—¿Qué reportaje? —quiso saber Jennie—. Nos has traído aquí con mucho misterio.

—Ya he descubierto el misterio de la escultura de Ceballos.

—¿De veras? —preguntó Charín, abriendo mucho sus ojos.

Por su parte, Jennie inquirió:

—¿Qué misterio?

—El misterio consiste en que no hay una escultura sino dos.

—¿Dos? —repitieron ambas mujeres al unísono.

—Sí, dos. El trabajo del genio de la escultura es crear, pero, luego, sacar una copia no es tan difícil y mucho menos si las dos esculturas no se van a ver una junto a otra.

—¿Y cómo sabes que hay dos? —preguntó Jennie.

—Porque las he visto.

—¿Dónde?

—Una, colocada en el parque público de Albany, a la vista de todos, y la otra, aún sobre el camión.

—No es posible —musitó Charín.

—Sí, es posible porque yo las he visto.

—¿Y por qué dos?

Dynamo trató de aclarar la pregunta de Jennie.

—Muy sencillo. Una es la auténtica y la otra, una imitación.

Jennie observó entonces:

—La auténtica es la guardada en el almacén, y la falsa la que está en Albany.

—¿Y tú qué opinas? —preguntó, encarándose con Charín.

—Que si hay dos, la auténtica será la que está expuesta, ya que los técnicos así lo certificaron.

Jennie insistió:

—¿Y si la que está en Manhattan también es auténtica?

—¿Quieres decir, que las dos las ha hecho el mismísimo Ceballos?
—preguntó Charín.

—Es una posibilidad, ¿no? —dijo Jennie.

—Queridas, yo creo otra cosa muy diferente —opinó Dynamo—. Cabe la posibilidad de que Ceballos no hubiera regresado a su patria y hubiera hecho la escultura aquí, costada por alguien que se hacía pasar por un mecenas o un simple comprador. Después, Sueiro o el coronel Heinz, al tener ya la escultura hecha, sacaron fotografías y medidas exactas y en Nueva Costa hicieron una réplica de la obra auténtica que fue la que me mostraron a mí en Santa María de Nueva Costa. La cargaron en un buque, la trajeron a New York y antes de ser llevada a Albany, dieron el cambiazo. De esta forma, la escultura auténtica ha sido colocada en Albany, esa escultura que los técnicos

han dado por buena porque la forma de ser cincelado el granito es la peculiar de Ceballos. Escondieron la copia y de este modo quedaba siempre como que el gobierno de Nueva Costa había contratado a Ceballos en su propio país y que éste ha trabajado para ellos.

—¿No te parece un poco complicado? —preguntó Jennie.

—No tan complicado si el gobierno de Nueva Costa pretendía regalar una escultura del artista disidente dando a entender así que el artista aceptaba el contrato.

—Entonces, ¿Ceballos está aquí? —preguntó Charín.

—Yo juraría que sí —asintió Dynamo.

—De todos modos, aunque haya habido trampa, si la escultura auténtica, la verdadera creada por Ceballos y no la copia, es la que está situada en Albany City, no hay robo., sólo podemos decir que ha habido trampa política, nada más.

—No, Charín, no, han habido varias muertes. Yo no puedo entrar ni salir en la justicia de Nueva Costa, ése es asunto vuestro, pero han matado a un amigo mío y a un detective privado al que contraté.

—Por lo que tú dijiste —puntualizó Jennie—, el asesinato del detective privado portorriqueño sólo es una suposición, no está comprobado.

—La muerte de Coller sería ya más que suficiente para seguir adelante.

—Sí, fue horrible —admitió Charín—. La verdad, no sé cómo terminará este asunto, yó ya he tomado el pasaje de retorno a mi país.

—Me temo que vas a tener que darle carpetazo a este asunto, Dynamo —opinó Jennie.

—No pienso hacerlo.

—¿Qué crees que harán con la escultura falsa?

—Lo ignoro, quizás la embarquen en un buque y se la lleven a Nueva Costa para arrojarla al fondo del océano o simplemente instalarla en alguna plaza de la ciudad natal de Ceballos. Siempre quedaría bien divulgar que se ha deseado tener una réplica de la escultura entregada a los norteamericanos.

—¿Crees que la policía de New York te hará algún caso si le cuentas que existe una copia de la escultura de Ceballos y que se la van a llevar a Nueva Costa?

—No, Charín, si lo digo de esa forma no me harán caso, pero yo ya sé cómo hacerlo, cómo desenmascarar a esos asesinos.

—¿Cómo? —preguntó Jennie, muy interesada.

—Atacaré a Josephson, estoy seguro de que anda metido en esto hasta el cuello.

—¿Cómo lo atacarás? —insistió Jennie.

—Ya lo verás. Tiene mucho que perder, se sentirá como rata

acorralada y buscará una salida desesperadamente. Entonces, le atraparé a él y a los que están con él, caerán todos.

Jennie advirtió:

—Esa rata acorralada puede saltar sobre tu cara y morderte —advirtió Jennie.

—Eso ya lo tengo en cuenta.

—¿Y estás listo para defenderte?

—Sí, estoy listo. Esta vez no me pillarán desprevenido para darme una paliza de muerte.

—¿Cómo estás preparado?

—Ya lo verás. Si no fuera porque podéis correr un riesgo de muerte, os pediría que me acompañarais en este esclarecimiento que puede acabar con sangre.

Charín, resuelta, dijo:

—Cuenta conmigo.

—¿No ibas a marcharte? —le preguntó Jennie—, Ya tienes el billete de avión, ¿no?

—Pediré que lo aplacen para otro vuelo.

—Si consigues descubrir quién mató a Coller antes que la mismísima policía, vas a ser un fenómeno, Dynamo, un fenómeno. Pienso publicar un reportaje sobre ti.

—A mí, no creo que me dejen —confesó Charín—, porque si lo descubres todito, algunos conocidos míos van a quedar muy mal parados.

—Si hay que preparar un buen reportaje, me gustaría pasar antes por mi apartamento —pidió Jennie—, Cogeré mi mejor cámara. Quiero tomar varias fotografías de la cara de Josephson cuando se vea atrapado. Serán las fotos más importantes de mi vida.

—¿Ahora ya crees en mí, Jennie?

—Sí, he decidido creer en ti. Hasta ahora sólo me atraía tu sexo, ahora es algo más y supongo que a Charín no le importa. ¿Verdad, querida?

—¿Por qué habría de importarme? A mí me interesa Dynamo al completo desde hace días, claro que si él prefiere a una gringa, te lo puedes quedar.

—Por favor, queridas, peleas ahora, no, por favor, ahora no.

CAPITULO XII

Claus Josephson aguardaba junto a la cabina de teléfonos que se hallaba frente al edificio del club al que solía acudir. Su semblante estaba endurecido y no parecía conseguir que su habitual sonrisa, ya casi fijada en su rostro, aflorara ahora a él.

El automóvil se detuvo frente a él, los frenos chirriaron ligeramente. Un agente de tráfico volvió su cabeza para mirarles a distancia, para escrutarles y controlar si algo que demandara su intervención estaba sucediendo.

Una mano femenina abrió la portezuela. Josephson subió al coche que arrancó de nuevo. Al volante iba Dynamo D. Damunt que viajaba solo en el asiento delantero. En el posterior se hallaban Charín y Jennie y ahora, junto a ellas, Josephson, que inquirió:

—¿Qué es lo que le pasa, Damunt, se ha vuelto loco?

—No, no me he vuelto loco, quiero llevarle a un lugar que seguro le gustará.

—¿De qué se trata? Me está haciendo perder el tiempo, tengo muchos contactos que hacer.

—Sí, usted siempre está haciendo contactos. Además, no se haga el tonto, ya sabe a lo que va.

—Me temo que voy a tener que pedir que le aparten de las próximas listas electorales y ya sabe la fuerza que tienen mis consejos.

—Sí, lo sé muy bien. Todo esto del hermanamiento de las dos ciudades ha sido obra suya, salida de sus consejos que se siguen demasiadas veces sin pensar si debajo de ellos existe algo turbio o no.

—No le tolero que diga tonterías, Damunt. ¿Qué es lo que pretende?

—Si creyera que digo tonterías, ya no habría subido a mi coche. Le he dicho por teléfono que sabía que existía una duplicidad de esculturas, me refiero a ese monumental huevo de Ceballos, un huevo de veintisiete toneladas.

—No entiendo nada. He accedido a su petición de seguirle para evitar que llegue a cometer una torpeza de la que todos podamos arrepentimos.

—Yo no sé qué es lo que pensaban conseguir con dos estatuas, imagino que hacer trabajar a Ceballos en contra de su voluntad; sin embargo, parece que ése no es el motivo de fondo, no habrían matado a varios hombres simplemente por eso.

—Sigo sin entender nada —protestó Josephson. Mirando a las mujeres, preguntó—: ¿De verdad Damunt no ha bebido en exceso?

—Josephson, antes de morir alguien me dio una pista. Me ha

costado verla con claridad, pero al fin he logrado desentrañar este misterio aunque todavía hay cosas que no comprendo.

—Está bien, sigamos hasta donde quiera, al final verá que se ha equivocado. No le voy a perdonar lo que está haciendo y más llevando consigo a dos periodistas, por muy bellas que sean.

—Son mis dos testigos.

—Conque testigos, ¿eh? Y cámaras fotográficas también, ¿verdad?

—Ajá, llevo una cámara —asintió Charín.

—Y yo —se apresuró a decir Jennie.

—Queridas, por muy bellas que seáis, si ensuciáis mi imagen pública nos veremos en la corte y no habrá dinero suficiente en vuestros respectivos periódicos o revistas para pagar la indemnización que voy a exigir.

—Ay, qué miedo —se burló Jennie.

—Josephson, dentro de un rato se dejará usted de amenazas y será mejor que colabore. Eso quizás ayude a su descargo.

—No tengo nada de qué arrepentirme.

—Entonces, es usted perfecto. Y yo que siempre pensaba que el que más o el que menos ha cometido alguna torpeza...

—No juegue a niño listo, Damunt, conmigo no le vale.

—Ese ha sido su problema, Josephson.

El ambiente se tornó tenso dentro del automóvil. Comenzó a lloviznar débilmente y la noche semejó adelantarse a la hora de su arribada. Oscurecía, las farolas se iluminaban.

El automóvil llegó frente al número 222 de la calle Treinta y cuatro, encarándose con la puerta metálica señalada con un dos. En realidad, era una puerta amplia que se abría en dos, situándose a derecha e izquierda respectivamente, lo que obligaba a los grandes vehículos a un giro de noventa grados para entrar y salir de sus respectivos almacenes.

Dos grandes vigas protegiendo los cantos de la pared donde nacían las puertas indicaban que los roces con los camiones habían sido frecuentes allí.

—Ya hemos, llegado, Josephson. Ahora, vaya ahí delante y haga que nos abran la puerta.

—¿Y si no quiero? —preguntó, desafiante.

—Está bien, nos iremos a la primera cabina telefónica que encuentre.

—De acuerdo, no compliquemos más las cosas, pero se arrepentirá de esto, Damunt.

Josephson se apeó del coche. Se acercó a la puerta número dos e hizo dos timbrazos cortos y tres largos. Aguardó, iluminado por los faros del automóvil de Damunt. Seguía lloviznando y

Josephson soportaba el agua sin que al parecer le importara.

Al fin, el ruido metálico de unos rodamientos, la puerta comenzó a abrirse. El automóvil se internó en el gran almacén y sus faros iluminaron el gran camión cargado con la escultura.

—¿Lo veis? Aquí, está la escultura —exclamó Dynamo, satisfecho.

Josephson se adelantó y, en aquel momento, ocurrió algo imprevisto. Jennie, en vez de llevar en su mano la máquina fotográfica, empuñaba una pistola cromada, una pistola que apuntó directamente a la cabeza de Dynamo D. Damunt.

—No toques nada, Dynamo. Pon las manos en la nuca y sal despacio del coche.

—¡Jennie! —exclamó Charín, sorprendida.

—Tú también afuera o te mato.

—Hazle caso, Charín, Jennie es de la banda, me refiero a la banda de ladrones internacionales.

—No me digas que lo sabías —preguntó Jennie, desafiante.

—Claro que lo sabía.

—No lo creo.

—Puedes creértelo, has cometido varias equivocaciones.

—¡Sácalos del coche, Jennie! —ordenó Josephson, tajante.

—Espera... ¿A qué equivocaciones te refieres?

—Yo no te dije que la escultura se hallara en Manhattan y tú dabas por sabido que estaba aquí. Podía haber estado en Albany. Reconozco que he tardado en darme cuenta de que me vigilabas estrechamente. Viajabas a mi lado en el avión al marchar yo hacia Nueva Costa. Debiste leer el aviso que me pasaron en el avión, encontraste alguna forma de comunicarte con alguien y se cargaron al tipo del retrete. Me has estado vigilando muy de cerca y yo te he descubierto al final.

—Si me has descubierto, ¿por qué no has huido antes?

—Porque quería atraparlos aquí a todos.

—¡Mira, Dynamo, salen más! —le advirtió Charín, asustada, al ver aparecer a varios hombres.

—Sí, deben ser los hijos de perra que me dieron la paliza con la toalla mojada.

—Vamos, Damunt, salga de ahí dentro, ha cometido demasiadas torpezas.

—No tantas, no tantas, Josephson. Ustedes asesinaron a Coller y al detective privado que estuvo vigilando el otro almacén del que se llevaron ese camión. Como comprenderá, no iba a meterme en la boca del lobo sin tomar precauciones.

—No me diga que las ha tomado...

—La antena de mi coche se halla conectada a un *walkie-talkie* y la

policía está oyendo lo que hablamos. Tenía que prepararme. Siento que me haya tomado por tonto del todo, uno también tiene su vanidad.

—¡Jennie, mávalo! —rugió, descompuesto.

—No —dijo ella—, entonces sería yo la condenada.

—¡Estúpida, dame la pistola!

—No haga más tonterías, Josephson, esa pistola no tiene balas. Sabía que Jennie llevaba una pistola en el bolso, que desde su apartamento le avisaría a usted y que todos me estarían esperando aquí.

—¡Estúpida! —acusó de nuevo Josephson.

Jennie apretó el gatillo y comprobó que lo que Dynamo decía era cierto.

Claus Josephson se volvió hacia los otros hombres, gritándoles:

—¡Vamos, hay que sacar el camión, rápido, antes de que venga la policía!

Los tres hombres, que se hallaban algo distantes, excepto un cuarto que estaba junto a la puerta, corrieron hacia el camión que se puso en marcha pesadamente. Dynamo lo iluminó de frente con sus faros.

Jennie trató de golpear a Dynamo con la pistolita, pero Charín se revolvió como una pantera y ambas mujeres comenzaron a pelearse dentro del coche. Era una pelea entre mujeres, pero una pelea feroz.

El camión comenzó a avanzar. Josephson gritó a Dynamo:

—¡Si no te apartas, te aplastaremos!

Dynamo no se apartó y el camión siguió adelante, pretendiendo salir por la puerta que taponaba el propio Dynamo con su coche.

Se escucharon chirridos escalofriantes. El automóvil comenzó a ser empujado... Dynamo ponía el freno, pero al propio tiempo movía el volante para no quedar aprisionado contra una pared.

No podía impedir el avance de aquella mole de cinco ejes y juegos dobles de ruedas. Los faros del camión le cegaban mientras el coche se arrugaba como si fuera de juguete. Jennie comenzó a gritar y, abriendo la portezuela, saltó del coche, justo cuando el camión arremetía de nuevo tras haber puesto la marcha atrás para retroceder apenas tres o cuatro pasos y proseguir hacia adelante.

Jennie quedó atrapada contra los protectores de hierro y allí mismo sintió cómo la vida se le escapaba por la boca en un borbotón de sangre.

Molesto ya, un hombre asomó por la ventanilla del camión y comenzó a disparar un arma.

Dynamo le reconoció, era el propio coronel Hugo Heinz.

Consiguió hacer retroceder su coche apartándose del camión que, ya sin resistencia, avanzó, pero, maniobrando mal, la carga, que como todo el camión tenía que girar noventa grados, tropezó contra un canto de la pared.

Se rompieron los maderos y los cables saltaron como látigos mortales.

Uno de ellos partió la cabeza del mismísimo Heinz, que seguía fuera de la ventanilla cuando la policía llegaba haciendo ulular sus sirenas.

Josephson alzó sus manos y los demás también se sintieron cercados. La escultura de Ceballos había caído del camión, partiéndose. Y de su interior brotaron un montón de lingotes de oro y bolsas de cuero conteniendo esmeraldas.

EPILOGO

—Más de siete toneladas de oro sacaron de su país los que formaban la banda que capitaneaba Josephson —explicó el fiscal a Dynamo y Charín, que le escuchaban atentamente—. Oro y esmeraldas robadas al tesoro de Nueva Costa entre el coronel Heinz, Sueiro, Josephson y otros secuaces.

—La trama estaba bien montada. Encontraron al escultor Ceballos en New York y Josephson se encargó de contratarle para la realización de la gran escultura. Ceballos no sospechó hasta que, una vez terminada la obra, fue asesinado y enterrado en el propio almacén. Allí le encontraron los perros policía. Luego, ellos sacaron una réplica de la escultura mediante fotografías, medidas y unos buenos copistas. El duplicado se hizo en Santa María de Nueva Costa, pero era una réplica vaciada por su base y rellena con oro y bolsas de esmeraldas, dejando espacios rellenos de espuma plástica para compensar las diferencias de peso entre el oro y el granito. Se montó la operación de hermanamiento, había que llevar a New York la escultura rellena de oro y piedras preciosas sin despertar sospechas y luego dar el cambiazó y llevar a Albany la escultura verdadera, la obra póstuma de Ceballos.

—¿Y cómo sospechó de todos? —preguntó el fiscal a Dynamo.

—Alguien me fue avisando y ese alguien fue mi amiga Charín. —Se volvió hacia ella y dijo—: Tú te cubriste la cara con la máscara, tú me llamabas por teléfono haciéndome creer que te perseguían para ponerme en guardia.

—Sí, te llamé desde otro teléfono dentro de la propia embajada. Dudaba, no sabía si pertenecías a la banda o no.

—¿Y por qué no lo denunciaste en tu propio país?

—Porque el coronel Heinz me hubiera silenciado para siempre. Mi denuncia allí no habría llegado a ninguna parte, «ahora es diferente, Heinz ha muerto.

Ya en la calle, Dynamo comentó:

—Voy a tener que cambiarme un coche nuevo. Ahora, si te parece, cogemos un taxi.

—¿Para ir adónde?

—A un hotelito que conozco.

—¿Y la masajista?

—Palabra de honor que la olvido para siempre si tú no te vas a Nueva Costa y te quedas conmigo.

—Me lo pensaré. En New York hay mucho trabajo para una periodista, ¿no?

La ciñó por la cintura, la besó en los labios.

—Y si no encuentras trabajo como periodista, confórmate con mi cama, querida.

—Ajá, me parece bien.

Siguieron besándose mientras un taxi se detenía cerca de ellos y una voz rezongaba:

—Oiga, yo a usted le conozco... ¿Podría hacer algo por mi primo que quiere un bus amarillo?

FIN

Las mejores novelas de



MARCIAL LAFUENTE

ESTEFANIA

el mundialmente famoso autor,
pueden saborearse en las
COLECCIONES

CENTAURO y OESTE LEGENDARIO



¡No se pierda **AHORA** la
oportunidad de leer estas
primeras ediciones, en las que
cada título es un vendaval
de emoción!

Asegure su ejemplar

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.



Impreso en España **PRECIO EN ESPAÑA 40 PTAS.**